

EXC DE
PRMO



ACTO ACADÉMICO

Homenaje al Profesor

ALEJANDRO LLANO

con ocasión de la presentación del libro *Caminos de la filosofía.*
Conversaciones con Lourdes Flamarique, Marcela García y
José María Torralba

12 de noviembre de 2011

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA
PAMPLONA, 2012

UNIVERSIDAD DE NAVARRA



102708396

00

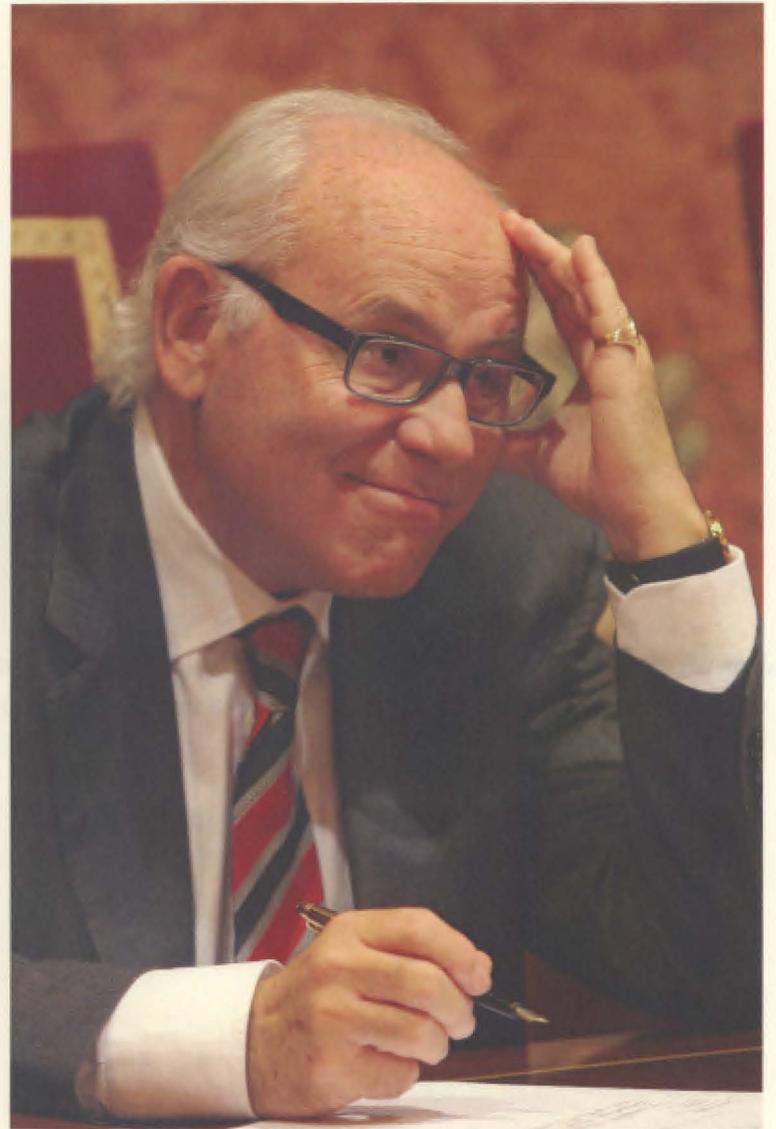
**EXCLUIDO
DE PRESTAMO**

ACTO ACADÉMICO

Homenaje al Profesor

ALEJANDRO LLANO

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA
PAMPLONA, 2012**



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA
PAMPLONA, 2012

Unidad de Estudios
Humanos y Sociales

EXCLUIDO
DE REGISTRO

ACTO ACADÉMICO

Homenaje al Profesor

ALVARO LLANO

FACULTAD DE LETRAS Y LENGUAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA
PAMPLONA, 2012

ACTO ACADÉMICO

Intervención de D. Rafael Abela, Director del Departamento de Filosofía 9

Presentación del libro *Caminos de la filosofía* 13

Intervención de D. Luis José Gómez Montoro 17

Homenaje al Profesor 27

Intervención de D. José María Torralba 25

Palabras de respuesta de D. Alejandro Llano 45

ALEJANDRO LLANO

Palabras de bienvenida de D. Ángel José Gómez Montoro, Rector Magnífico de la Universidad de Navarra 57

con ocasión de la presentación del libro *Caminos de la filosofía. Conversaciones con Lourdes Flamarique, Marcela García y José María Torralba*

Acto. Entrega de la Universidad de Navarra en la Apertura del curso 63

Discurso de D. Alejandro Llano 65

12 de noviembre de 2011

Palabras de D. Ángel José Gómez Montoro, Rector Magnífico de la Universidad de Navarra 69

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA
PAMPLONA, 2012

SUMARIO

Intervención de D. Rafael Alvira, Director del Departamento de Filosofía.....	9
Presentación del libro <i>Caminos de la Filosofía</i>	15
Intervención de D ^a Lourdes Flamarique	17
Intervención de D ^a Marcela García	27
Intervención de D. José María Torralba	35
Palabras de respuesta de D. Alejandro Llano	45
Palabras de clausura de D. Ángel José Gómez Montoro, Rector Magnífico de la Universidad de Navarra	57
Anexo. Entrega de la Medalla de Oro de la Universidad de Navarra en la Apertura del curso 2011-2012	63
Discurso de D. Alejandro Llano	65
Palabras de D. Ángel José Gómez Montoro, Rector Magnífico de la Universidad de Navarra	69

Es para mí un honor y una alegría especiales el poder hablar en este acto de homenaje a Alejandro Llano. Deberíamos rondar los trece años cuando nos conocimos, y desde entonces no hemos dejado de tratarnos y, durante muchos años, de trabajar juntos. Mi estima profesional y mi afecto personal por él son grandes.

Como buena parte de las figuras destacadas, Alejandro tiene una personalidad polifacética y con riqueza de contrastes. Me cupo también el honor de hablar en el homenaje que la Universidad Complutense rindió a nuestro común y queridísimo maestro, el profesor Millán-Puelles, y quise subrayar este último rasgo –tener contrastes– que compartían Millán y Llano. ¿Cómo es posible –dije– que un ganador nato como el profesor Millán-Puelles sea seguidor del Atlético de Madrid?

Los contrastes en el Prof. Llano no tienen que ver con el fútbol, pero, como no puede ser de otro modo, los tiene, porque la naturaleza humana se equilibra y se enriquece gracias a ellos.

Lo primero que saltaba a la vista al conocerlo era su capacidad de entusiasmo, pero, enseguida, te dabas cuenta de su inteligencia reflexiva y profunda; ganador, pero siempre cercano al sufrimiento del débil; crítico, pero obediente escuchador; con enorme facilidad comunicativa y simpatía, y a la vez retirado en su cubículo de estudio; de natural dubitante –como su *alter ego* Fernando Inciarte–, pero seguro en todo momento de lo que quiere hacer; directivo, pero con corazón popular; embebido en el calor y viveza de la narrativa, y, al tiempo, en el frío y seco análisis lingüístico; madrileño del barrio de Salamanca y del Colegio del Pilar, pero asturiano profundo y reivindicador de la provincia; brillante, pero serio y riguroso; tradicional y moderno. Me resulta más difícil encontrar contrastes en otras facetas de su personalidad: su afecto por la familia –lo que no es difícil en su caso, dada la excepcional valía de la que tiene–, por su tierra asturiana, siempre con un toque mexicano añadido; la calidad de su verbo y de su pluma; su capacidad de trabajo –proverbial ya desde sus primeros años– y de lectura; su capacidad de sacrificio y de ayuda a los demás –facetas estas tal vez menos conocidas, porque las esconde– pero bien experimentadas por quienes están cerca de él; su fe llena de saber teológico.

Alejandro Llano, claro está, no puede ser retratado sin la referencia a la metafísica, a la que ha dedicado su inteligencia y sus mejores esfuerzos. En una época de pensamiento superficial, él siempre ha reafirmado con noble orgullo: soy profesor, catedrático de Metafísica. Con seguridad desaparecerán en el olvido tantos filósofos valiosos, pero que optan por ser acomodaticios, o meramente críticos o presuntamente innovadores. Unos piden perdón por dedicarse a la filosofía, y otros quieren brillar con ella. La tarea de la filosofía, en el camino de la verdad, es, sin embargo, bien dura, y raramente permite el triunfo rápido. Con todo, la obra publicada por Alejandro Llano —recordemos, por ejemplo, *Fenómeno y trascendencia en Kant*, *Metafísica y Lenguaje*, *El enigma de la representación*, *Sueño y vigilia de la razón* o *Metafísica tras el final de la Metafísica*— permite ya contarle entre los verdaderos metafísicos de esta época nuestra de entre siglos; y, naturalmente, es la suya una tarea inacabada, que más bien tiene ahora ante sí los mejores años para ofrecer los frutos más maduros.

Cerca también en eso del profesor Millán-Puelles, su pensamiento es primariamente afin al tomismo en el contenido y al kantismo en la forma. Su historia intelectual no es la de quien comienza en la tradición para pasar a la modernidad. Más bien al revés. Su inicio, bien conocido, se dio a través de un vigoroso estudio de Kant y de la filosofía moderna, y es después cuando profundiza en el pensamiento tradicional, en particular con la mirada en Aristóteles y Tomás de Aquino. Con esa formación, completada por el estudio de otros varios autores —Platón, Husserl, Heidegger, Frege, Wittgenstein— Alejandro Llano no escribe nunca en primera persona, porque un filósofo verdadero busca siempre dejarle la palabra a la verdad y, a la vez, escribe siempre en primera persona, pues sólo es posible conocer la verdad cuando intentas hacerla propia. Así se entiende su entusiasmo por la libertad, que se le hace presente a través de esas dos dimensiones: libertad es vivir, crecer apropiándose; y a la vez, libertad es estar en la verdad, en la luz. Por eso quien no se acerca a la verdad pierde en intensidad de vida y pasa a ser dominado por sus fantasmas intelectuales y psicológicos.

Junto al de la libertad, son muchos los temas centrales de la metafísica que Alejandro Llano trata. Uno muy señalado, y que le ha

acompañado en cierto modo a través de toda su carrera, es el de la representación. Se trata, en efecto, de una clave del conocimiento humano, de la metafísica, y que tiene además una cierta connaturalidad con el carácter de Alejandro, pues él es un agudo observador del gran teatro del mundo, que —me atrevo a decir— al mismo tiempo le apasiona y le provoca profundo rechazo. Y ha sabido comprender hasta qué punto lo antropológico y lo metafísico se entrelazan y son lo mismo en el tema de la representación. De ahí también su atención central al ser de la trascendencia y a la trascendencia y transcendentalidad del ser. Alejandro Llano prefiere la filosofía de la naturaleza a la del espíritu tal vez porque desea subrayar la verdad de la creación frente a la interpretación representacionista, y es metafísico porque ve que sólo un ser transcendente es capaz de captar la representación en cuanto tal y de realizarla. De ahí también su interés por la ética.

En efecto, únicamente un ser capaz de distinguir lo real de lo que es su representación o su mera apariencia, está en disposición de comprender y de hacer el bien y el mal. El profundo conocimiento de la ética impregna todos sus escritos relativos a cuestiones antropológicas y políticas que, aparte de ser numerosos y de relevante interés —bastaría mencionar *La nueva sensibilidad*, *Humanismo cívico* o *La vida lograda*—, han abierto frecuentemente a temáticas apenas tratadas en el mundo intelectual hispánico. Sobresalen siempre en ellos la insistencia en la libertad y en la atención a lo societario, unidos en una continua reclamación de una verdadera democracia, en la que siempre ha creído, y que ha encontrado en él uno de sus más nobles defensores.

Si pasamos ahora al mundo universitario, menester es recordar, en primer lugar, lo atractivo y cautivador de sus clases y conferencias, en las que sintetiza su profundidad de pensamiento con su enorme saber, su facilidad de palabra, su dominio del lenguaje y de la construcción literaria y su buen humor. Junto a ello, su constante trato con sus alumnos y numerosos discípulos. Numerosos desde luego, como es fácilmente comprobable por la cifra de sus tesis de licenciatura y máster dirigidas, pero sobre todo por las más de sesenta tesis doctorales que se han escrito bajo su patrocinio y magisterio.

En la Universidad ha mostrado también sus capacidades para el servicio y la dirección: Director de Departamento, Decano, Rector, Fundador y Presidente del Instituto de Antropología y Ética, Fundador y Vicepresidente –junto al inolvidable Don Luis M^a de Ybarra– del Instituto Empresa y Humanismo, y un largo etcétera. En este campo ha demostrado, tanto como en el científico, su pasión por lo innovador y por un futuro abierto al cambio y el progreso.

Alejandro Llano ha destacado también en su aportación continuada y relevante a múltiples iniciativas intelectuales y sociales en Navarra, en España y en otros muchos países, en los que además ha desarrollado su magisterio como profesor visitante –en los Estados Unidos, por ejemplo– en cursos y en conferencias. Fruto de ello son sus merecidos reconocimientos, como el ser miembro de la Academia Europea de las Ciencias y las Artes, de Munich, o de la de Santo Tomás, en Roma.

La fama internacional bien ganada de la que goza, la calidad incontestable de sus aportaciones científicas, su figura de intelectual y su presencia en los mejores foros donde se fraguan los cambios sociales están ahí ya, para que en los muchos años que tiene por delante deje todavía más marcada la huella de su inteligencia y de su fe.

Intervenciones de la
Prof. Dra. Lourdes Flamarique
Universidad de Navarra

Presentación del libro
Resumen del libro
Queda por decir de Llano
Estimaciones de los autores y editores

Este día me encuentro hoy con el doble motivo de celebrar un homenaje al profesor Alejandro Llano y el de presentar su último libro *Caminos de la filosofía*. Este libro muestra, bien conocida, su capacidad como filósofo. El libro que ahora presentamos recoge las conclusiones de las conferencias con Alejandro Llano en Pamplona, a lo largo de una semana a mediados de junio de 2019, por parte de tres participantes: por favor sus alumnos y doctorandos, y que se fueron haciendo amigos.

En el momento del proyecto de este libro-cuarto libro, unida la idea de la presentación de un libro de filosofía, se unió la idea de celebrar una vida filosófica, feruida, de carácter personal y de carácter académico.

Presentación del libro *Caminos de la filosofía*

Intervenciones de
D^a Lourdes Flamarique,
D^a Marcela García y
D. José María Torralba

Palabras de respuesta de
D. Alejandro Llano

Este libro es el resultado de una serie de conferencias que se celebraron en Pamplona, a lo largo de una semana a mediados de junio de 2019, por parte de tres participantes: por favor sus alumnos y doctorandos, y que se fueron haciendo amigos.

Intervención de la
Prof. Dra. Lourdes Flamarique
Universidad de Navarra

Excelentísimo señor Rector
Ilustrísimo señor Decano
Querido profesor Llano
Estimados colegas, señoras y señores:

Nos hemos reunido hoy con el doble motivo de celebrar un homenaje al profesor Alejandro Llano y el de presentar su último libro *Caminos de la filosofía*. Este doble motivo, bien mirado, es en realidad uno solo. El libro que ahora presentamos recoge las conversaciones mantenidas con Alejandro Llano en Pamplona, a lo largo de una semana a mediados de junio de 2010, por parte de tres profesores que fueron sus alumnos y doctorandos, y que se tienen por sus discípulos.

En el corazón del proyecto de este libro-entrevista, anidaba desde el principio el deseo de celebrar una vida filosófica fecunda, de agradecer tantos bienes recibidos de su mano a lo largo de los años y, en igual medida, la esperanza de pensar de nuevo, mediante el diálogo, las verdades ya probadas, capaces de alumbrar una interpretación cristiana de la existencia.

Cuando propusimos a Alejandro Llano el proyecto de esta entrevista, éramos plenamente conscientes de que en nuestro lugar podrían estar otros tan cualificados –incluso mejor que nosotros tres– que fueran igualmente deudores de su magisterio.

Nosotros sencillamente estábamos allí. Conocíamos bien sus libros, habíamos recorrido los senderos que él antes había hecho andaderos... Como tantos otros de sus alumnos, doctorandos o simplemente colegas, habíamos podido mantener muchas conversaciones con él, pero no una como ésta que planeábamos.

La preparación de la larga entrevista fue una oportunidad para descubrir hasta qué punto nuestro propio itinerario de problemas y enfoques sigue su estela. Así, primero al revisar nuestros borradores con la idea de formular acertadamente las cuestiones, y después, mientras manteníamos las conversaciones, se nos hizo evidente —como una segunda intención no pretendida inicialmente— que lo que allí se abordaba no eran sólo los temas, los planteamientos de Alejandro Llano, sino también los nuestros, nuestros primeros pasos en el oficio filosófico, la tradición en la que seguimos respirando, uno de cuyos referentes principales es el profesor Llano. Es decir, los interrogantes suscitados eran también los nuestros. Para nosotros, volver a pensar con él lo ya pensado, fue la oportunidad de pensarlo de nuevo.

Quiero detenerme brevemente en esta sintonía.

Es posible que —como dice Alejandro Llano— cuando uno está maduro encuentra su maestro; pero ¿cómo y cuándo aparece el maestro? Un maestro no elige sus discípulos, todo lo más se los encuentra entre aquellos que le siguen, aquellos con los que puede establecer un diálogo más intenso, más confiado. Los discípulos son a su manera un don para el maestro, un don gratuito que despierta en quien lo recibe las disposiciones adecuadas. Si el discípulo diera un paso en la dirección del maestro y no fuera acogido como tal, algo intelectualmente vital quedaría truncado en él. Pero, recíprocamente, al maestro lo hacen en gran medida sus estudiantes, sus discípulos. En la universidad solemos decirnos que si el estudiante no aprende, entonces realmente no hemos enseñado. Los que tenemos por suerte la vida universitaria, sabemos bien cuánto hemos aprendido de y con nuestros alumnos sobre las cuestiones que estudiamos.

No teman, no se me ha olvidado que a quien queremos homenajear hoy es al profesor Alejandro Llano y no a los aquí presentes: sus colegas, amigos y discípulos. Lo que quiero sugerir es que este homenaje ya lo iniciamos y secundamos todos nosotros hace tiempo, el mismo tiempo en que inadvertidamente para ti, Alejandro, mientras asistíamos a tus clases y conferencias, leíamos tus libros y artículos, nos fuimos apropiando de tus tesis, de tus expresiones y,

por qué no, imitábamos también tu estilo, tratando de encontrar el propio.

Hay muchas clases de discípulos, como también las hay de amigos. Somos muchos los que hemos venido hoy a este acto, y muchos más los que lamentan no haber podido acercarse a Pamplona, y han querido adherirse a este homenaje. Todos podemos legítimamente contarnos en esa amplia y diversa comunidad sin contornos, innumerable. Y esto se debe a un carácter, una marca que define el magisterio de Alejandro Llano.

Ha contado en sus memorias que nunca ha considerado a nadie su discípulo. Incluso afirma: “Desconfío de la relación maestro-discípulo”, aunque enseguida aclara, “porque bajo esa denominación he visto cosas que no me gustan nada”. Y añade: “No creo que nadie se deba considerar maestro y mucho menos que deba buscar discípulos intencionadamente. Bueno, siempre es bonito enseñar y que otro te haga caso, pero el tratar a una persona como discípulo me parece que, por lo general, es algo muy negativo. El buscar maestro, en cambio, me parece positivo: se tiene muchas posibilidades de hallarlo, si sabe bien lo que está buscando y se tiene sensibilidad para detectar a quien pasa por el camino y puede ser su maestro”.

Aunque no tengamos la menor duda de que en sus palabras no hay menosprecio del valor de las personas que han trabajado con él, no dejan de sorprender viniendo de un profesor que puede contar con discípulos desde sus primeros años en la Universidad de Valencia, que ha pasado y pasa muchas horas cada semana escuchando y asesorando los trabajos de estudiantes, doctorandos, investigadores visitantes y colegas de amplio espectro universitario; que ha procurado becas y ayudas, confiando casi con temeridad en las cualidades y afición de quienes apenas se iniciaban en la filosofía, el derecho, el periodismo, la literatura... ¿Cómo puede decir, entonces, que tratar a una persona como discípulo le parece por lo general negativo? La respuesta a esta singular paradoja la encontrará cada uno en su corazón. Yo lógicamente tengo la mía.

Quienes hemos estudiado y trabajado junto a Alejandro Llano sabemos que tiene un estilo propio o, mejor aún, que encarna de modo propio la condición de filósofo y profesor universitario. An-

tes me he referido a un aspecto clave de su modo de ser maestro. Ahora sólo quisiera aludir a otro rasgo que está mucho más ligado al anterior de lo que a primera vista parece, y que también le distingue. A lo largo de estos años ha mostrado abierta y respetuosamente sus discrepancias con las ideas comunes, vengan de donde vienen, cuando así lo ha requerido su lealtad con la verdad, con el bien, sobrellevando las incomprendiones de los más cercanos o, lo que a veces es peor, las bromas de los condescendientes. En esas ocasiones, no ha abanderado la enseña del pensador crítico que le hubiera otorgado un cierto reconocimiento por quienes gustan de presentarse así. Lo suyo ha sido siempre pensar libremente, y esto es una de las cosas más difíciles, pues exige sobre todo fortaleza de corazón: amar por su orden.

Personalmente estoy agradecida de que este acto sea la presentación de un libro del homenajeado y no de un libro sobre el homenajeado; lo que nos libera de la presión por encontrar expresiones bellas y acertadas para definir, describir... o la fórmula de agradecimiento que esté a la altura de lo debido... Yo, al menos, ni siquiera voy a intentarlo. En lo que a mi respecta, en lo que atañe a lo que yo pudiera decir, considero que hablan mejor las acciones.

¿Qué quisimos hacer con este libro?, y ¿qué es lo que realmente hicimos?

Este libro se puede catalogar de muy diversas maneras. Lo preparamos con la intención de ofrecer una autobiografía intelectual, pero también tiene el carácter de unas confesiones. Hemos repasado con Alejandro Llano los asuntos que le han ocupado en estos años, no simplemente para volver sobre lo ya sabido, sino para pensar con él sobre esos temas —desde los motivos de entonces y los problemas actuales— y preguntarle por cuestiones que habían quedado abiertas. Además, puesto que al confesar lo que somos, lo que pensamos, al igual que al contar un sueño, nos interpretamos, también hemos querido, modestamente, ayudarle a que se interprete a sí mismo, y a que lo haga a través de lo que ha sido su principal impulso vital: la filosofía, la universidad, el devenir de la cultura y, sustentando todo ello, la fe cristiana.

Alguien me preguntó si en la entrevista le habíamos puesto contra las cuerdas, si habíamos conseguido que dijera algo “inconve-

niente”. Da que pensar esa práctica del periodismo contemporáneo que prefiere la polémica y el recelo al entendimiento. La entrevista ofrece sus mejores rendimientos precisamente porque el clima en el que se desarrolla es el de la confianza: como se dice coloquialmente, “éramos partidarios”. No tuvimos que ponernos de acuerdo en esto; y aquello que buscábamos sin haberlo articulado verbalmente quedó fielmente reflejado en estas palabras con las que Alejandro Llano responde a una de las preguntas: “La verdad es lo que más poderosamente une... Por eso la filosofía es una práctica amorosa. El propio concepto de sabiduría lleva consigo la querencia, el gusto, el *studium*, la afición al conocimiento de lo trascendental. Lo cual implica también la amistad con quienes contigo comparten el afán por el descubrimiento de la verdad. Y, en tal sentido, parece que la benevolencia ha de reinar en el cultivo de la filosofía”. Yo añadiría que todo esto era aún más necesario en este caso.

El examen de las tesis que Alejandro Llano ha defendido, de sus posiciones filosóficas más acendradas, nos parecía inseparable de su propio itinerario vital. En estas conversaciones hemos tratado de preservar ese doble movimiento, el de la vida y el pensamiento, de manera que comparecieran sin artificio las inquietudes intelectuales y las existenciales. Por ello, sucede que al hilo de las cuestiones más técnicas han aparecido también las más vivenciales: amistades, anécdotas, ilusiones y decepciones.

Además, por nuestra parte se trataba de pensar con Alejandro Llano y de hacerlo mediante el diálogo que —como él mismo afirma— “es la única manera de hacer filosofía”. Por su parte, todo fueron facilidades: no rechazó ni enmendó ninguna de las cuestiones que le propusimos. Tal vez porque —como nos confesaba en una de las sesiones— tiene el firme convencimiento de que “no cabe filosofar en una habitación oscura”, de que son “imprescindibles interlocutores con quienes dialogar, libros que estudiar, ambientes fértiles en los que el pensamiento no sea algo tan exótico e infrecuente que llegue a estar mal visto”.

Aunque la imagen tópica suele presentar al filósofo entregado a cuestiones alejadas de las ocupaciones y preocupaciones vitales, muchos de los grandes pensadores han dejado huellas de lo contra-

rio: el pensamiento está íntimamente ligado a la vida, y no hay vida sino la vivida. “El gran lugar de aprendizaje es la propia vida”, nos decía el pintor Antonio López en su discurso de aceptación del doctorado *honoris causa* hace un par de semanas en esta misma aula. Son los problemas de un tiempo, el *Zeitgeist* y la responsabilidad ante el devenir de sus contemporáneos los que alientan en gran medida el trabajo de este filósofo.

Todo esto se compadece muy bien con algo en lo que todos coincidiremos: Alejandro Llano nunca ha hecho filosofía de escuela, ya sea la escuela kantiana, la escuela tomista, o la escuela de sus maestros. En una de las preguntas que le planteamos, le recordábamos que ha seguido distintos caminos filosóficos: entre la metafísica del ser, el idealismo trascendental y la filosofía analítica, por mencionar los más significativos. También reconocíamos el esfuerzo que se aprecia en sus trabajos para que no sean caminos paralelos, sino más bien encrucijadas intelectuales, de modo que se pueda pasar de uno a otro cuando así lo exige la situación filosófica. Y como tratando de allanar nuestro propio camino, le preguntamos si es realmente posible compatibilizar tradiciones y posturas tan diversas; si no ha sido demasiado optimista; si nunca le han hecho el reproche de “irenista”.

Alejandro Llano se ha aventurado muchas veces a lo largo de estos años por terrenos todavía no desbrozados. Salta a la vista que a lo largo de su vida no ha evitado el combate dialéctico. Más aún, en ocasiones él mismo ha suscitado las cuestiones polémicas. En su caso, la valentía intelectual nos ha dado buenos ejemplos de ese atrevimiento, sobre los que volvemos en este libro. Afirmaciones tuyas bien conocidas son: “Aunque no todos seamos kantianos, todos somos postkantianos” y esta otra con la que concluye *Fenómeno y trascendencia*: “El kantismo es un humanismo”. En los años ochenta trató de educarnos en la “nueva sensibilidad”, caracterizada por realidades emergentes como la solidaridad, la presencia social de la mujer, el ecologismo; realidades para las que apenas había discurso en español hasta que él les dio voz. No menos significativa fue su defensa de que con la filosofía analítica se renueva la metafísica “sin necesidad de transformación, al desempolvar sus temas característicos y recordar su capacidad de rigor”. “Lo que intenté —dice al cabo de los años— fue desarrollar un estilo

abierto de hacer filosofía, en el que tradiciones distintas, pero con muchos puntos de contacto, se complementaran y mutuamente se potenciaran”. Y se pregunta: “¿Por qué no utilizar el análisis lógico-lingüístico para abordar problemas metafísicos, como habían hecho los clásicos de la filosofía primera?”. Veinticinco años más tarde abre la caja de Pandora de la ciencia primera al defender con su maestro Inciarte una “metafísica mínima”.

En estas conversaciones nos habla de un libro que siempre ha tenido en la cabeza, pero nunca ha llegado a escribir, acerca de las relaciones entre el sueño y la vigilia. También aquí Alejandro Llano ha abierto camino. La distinción entre el sueño y la vigilia se encuentra estrechamente relacionada con la diferencia entre representación y realidad. “Creo —afirma— que tal tema cruza la entera filosofía, a lo largo del pensamiento filosófico universal, y buena parte de diversas culturas. No hay autor de envergadura que no se enfrente con el problema de la ensoñación y la realidad. Y no sólo los filósofos, todos los grandes escritores de literatura han tropezado, quieran o no, con esta cuestión. Entre nosotros, Cervantes y Calderón, pero no habría que olvidar a Shakespeare ni a Marcel Proust...”.

En este vuelo rápido sobre algunos de los temas de siempre y de ahora mismo que le han ocupado y le ocupan, no hay vacilación ni descamino. Ha contado que al leer por primera vez, siendo todavía estudiante, el parágrafo de *Ser y tiempo* que lleva por título “El concepto de fenómeno”, se dio cuenta de que “ahí está todo”: el problema de la relación sujeto-objeto, el tema de la representación y la realidad, el enigma de la patencia y la verdad.

No sorprende entonces que a la pregunta: “¿Cuál es la idea que has aprendido en filosofía y a la que no renunciarías?”, Alejandro Llano conteste: “La idea de intencionalidad”. Intencionalidad cognoscitiva y, por supuesto, intencionalidad práctica. Porque es crucial la distinción entre ser real y ser intencional. De aquí surgen dos de sus principales frentes de batalla: el naturalismo y el representacionismo, y enlazado con estos, el ya mencionado del sueño y la vigilia.

Como era de esperar, las conversaciones propiciaron la formulación más madura de tesis ya conocidas, en ocasiones al ofrecerle

con las preguntas un enfoque dialéctico, o incluso aporético, como por ejemplo entre algunas tesis de *Metafísica y lenguaje* y de *Metafísica tras el final de la metafísica*. Además, surgieron nuevas expresiones de lenguaje filosófico y otros modos de comprender a los grandes filósofos. Nos habla de una “filosofía desde la finitud” al referirse a Aristóteles, Tomás de Aquino, Kant o Wittgenstein, y añade: “La deducción trascendental es la argumentación propia de las filosofías que aceptan el carácter finito del conocimiento humano... Porque la finitud no es *finitista*, no excluye en modo alguno la trascendencia. La propia idea de finitud remite a lo que la supera y la envuelve. Finitud y trascendencia no son ideas contrapuestas. Para mí, constituyen más bien los dos polos de un pensamiento enraizado en el modo de ser del hombre, cuya vivencia de su propia finitud remite dialécticamente a la infinitud hacia la que se siente llamado”.

Sus alumnos recordaremos algo que decía con frecuencia hace unas décadas: “No hay nada más práctico que una buena teoría”. Nosotros a veces lo repetíamos como arma defensiva frente a quienes menospreciaban nuestros esfuerzos especulativos. Ahora, si con los años no hemos advertido la verdad de esa afirmación, podemos entenderla mejor al leer en *Caminos de la filosofía*: “Algo muy bello desde el punto de vista filosófico –y humanamente consolador– es que la teoría abre camino a la práctica: no sólo porque prepara el terreno, apartando los obstáculos, sino porque purifica la visión de la realidad, sin dejarse llevar por ilusiones que proceden de la ambición y de la vanidad. Así el terreno que ha sido aplanado, rebajado, humillado en cierta manera, permite que se puedan construir sobre él los grandiosos edificios morales”.

Estas palabras me permiten enlazar con el que ha sido y es uno de los motivos recurrentes del pensamiento de Alejandro Llano: el estado de la cultura, la continua crisis y renovación de la cultura. En su análisis de la cultura contemporánea ha encontrado señalados compañeros de viaje: René Girard y Claudio Magris, Alasdair MacIntyre y Marcel Proust, entre otros. Como él mismo señala, aunque “parece que la filosofía se ocupa de cuestiones intemporales, incluso esas cosas tan abstractas están encarnadas en la realidad inmediata. Y si esto último no se aprecia, resulta que semejante reflexión gira en el vacío, no agarra lo real, es vana, carece de

autenticidad”. Maestro de las paradojas, como tantas otras veces Alejandro Llano sale de ellas mediante un “saber hacer”. Ciertamente la filosofía sólo puede surgir en “un denso clima cultural”, pero la filosofía sólo medrará si no se deja absorber por la cultura.

Queda en manos del pensador las dosis de reflexión, de análisis y seguimiento de las creaciones y modos de la cultura que hay que poner en juego. Alejandro Llano se ha fiado del aforismo: “Quien ha pensado lo más profundo, ama lo más vivo”, que –modestamente y sólo en esta ocasión– me atrevería a invertir, “sólo quien ha amado lo más vivo, es capaz de pensar lo más profundo”.

Me acerco al final de mi intervención. En ella sólo he traído algunos trazos de lo que el libro *Caminos de la filosofía* encierra. El título lleva un genitivo en el que vale tanto la acepción objetiva como la subjetiva, pues son caminos que dibuja la filosofía y, sólo en esa medida son caminos de Alejandro Llano; y de su mano son también los de muchos de nosotros. Los caminos se hacen al andar, como decía el poeta español. La conversación en que consiste este libro no ha terminado. A través de sus páginas comprobarán que tampoco Alejandro Llano entiende su trabajo como un *iter* filosófico que hubiera alcanzado su meta; las cuestiones que jalonan ese camino siguen vivas, son de máxima actualidad.

Sugería al comienzo –con atrevimiento por mi parte– que sus estudiantes, sus discípulos, sus amigos en el pensamiento y en la vida podemos reclamar cierto derecho sobre su ciencia. En esta misma línea, ampliaría este derecho –y en este punto creo acoger el sentir de los aquí presentes– hasta decirle al profesor Llano que no ha terminado su magisterio, que contamos con él para que nos siga acompañando en los caminos de la filosofía. Con todo el respeto y abusando de la confianza de tantos años de amistad, me atrevo a decir en nombre de todos: Alejandro, que eso –tu magisterio– en cierto modo nos lo debes, porque lo esperamos.

Muchas gracias.

Intervención de la
Prof. Dra. Marcela García
Ludwig-Maximilians-Universität München

Excelentísimo señor Rector
Ilustrísimo señor Decano
Querido Alejandro
Estimados amigos y colegas, señoras y señores:

Hace un par de años hablaba con un colega alemán que estaba organizando un libro homenaje, un *Festschrift* para su jefe. Y pensé: me encantaría que le hiciéramos uno a Alejandro Llano. Hablando sobre esta idea con Lourdes Flamarique, me contó que a Alejandro no le gustaba la idea del *Festschrift* pero que ella tenía una idea mejor, y me invitó a participar en un libro de entrevistas sobre su obra. Por eso quiero aprovechar esta ocasión para darle las gracias a Lourdes por invitarme a colaborar, a José María por su constante y paciente ayuda para que fuéramos dando a tiempo los pasos necesarios (preparar las preguntas, revisar el texto, etc.), y ante todo a Alejandro por acceder a varios días de verdadera explotación filosófica, una especie de examen de pesadilla en que le preguntamos todo lo que se nos ocurrió, en gran parte inquietudes que nos había sembrado años atrás y que ahora queríamos aprovechar para discutir con él. Ahora, año y medio después, a pesar de haber estado presente en las entrevistas, me sorprende que el libro sea tan fácil y ameno de leer, ver cómo ha quedado plasmado el agradable fluir de la conversación, y sobre todo me admira, una vez más, la autenticidad de los caminos que ha recorrido y abierto Alejandro Llano. Me parece que algo que llama la atención al leer el libro es cómo hay ciertas preguntas clave que él va recorriendo a lo largo de su trayecto profesional, y las va siguiendo por donde le lleven, lo que explica la gran amplitud pero también la profundidad de sus preocupaciones filosóficas, y le acaba dando a los *camino*s una unidad de fondo, una coherencia personal que es fruto de una auténtica búsqueda.

Noción de acto

Entre los diversos temas que ha abordado Alejandro Llano, sus “camino” filosóficos, veo una especie de hilo conductor que me parece muy iluminador, y es la noción de acto (actualidad, actividad, acción, praxis) tanto en el plano del conocimiento como ontológico y antropológico o ético.

Ya en su tesis doctoral, *Fenómeno y trascendencia en Kant*, subraya la importancia del conocimiento como actividad libre. Como él dice, lo trascendente en Kant no está “más allá” del fenómeno sino “más acá”, por el lado de la trascendentalidad, por el lado de la actividad libre del sujeto. Y en el libro que presentamos hoy se ve muy bien cómo esta investigación va dando paso a preguntarse por el ser propio del conocimiento y por la relación entre la actividad del sujeto y el ser como actualidad.

Efectivamente, algo en lo que Alejandro Llano ha hecho mucho hincapié es en la necesidad de recuperar el conocimiento como acto. Como Kant dice, es una acción, pero no acción *transeúnte* sino *praxis teleia*, actividad perfecta. El conocimiento no es un proceso, un movimiento. Tampoco es algo innato, estructural, o constitutivo. No basta pensar en una apertura dada de antemano, sino que esa posibilidad debe actualizarse activamente en una auténtica ganancia o *rendimiento*. De otro modo es imposible explicar cómo podemos acceder a lo real y hacernos cargo de ese acceso.

Y sin embargo, el acto no queda circunscrito al sujeto, porque el ser mismo es acto. Algo que la mayor parte de la filosofía contemporánea ha olvidado, y que Alejandro Llano no ha tenido reparo en hacer ver, en diálogo con distintas tradiciones, incluyendo la filosofía analítica. En esa línea, ha mostrado que lo que queda recogido en el cuantificador existencial es el ser como hecho, que viene a corresponder al ser veritativo, mientras que el ser como acto tiene prioridad sobre el ser comprendido o expresado en las proposiciones.

También en el plano antropológico y ético, Alejandro Llano subraya con Aristóteles que la felicidad, la realización más plena de las capacidades humanas, se encuentra en la actividad, en la praxis.

Creo que resulta clave subrayar el aspecto activo o actual, no sólo del sujeto cognoscente sino de la realidad y me parece que es un aspecto que la filosofía durante mucho tiempo ha ignorado. Es una de las ideas clave que aprendí de Alejandro. En este punto me doy cuenta que soy “llaniana”, porque el interés por el hilo conductor del acto veo que ha marcado mis investigaciones a la fecha, y que en ese sentido sigo por “camino de la filosofía” que él me abrió.

Pero me he tardado en identificar lo “llaniano” de mis ideas. Como discípula de Alejandro Llano, la noción por ejemplo del *conocimiento* como acto me parecía algo tan básico, tan central, que daba por hecho que era algo sabido y compartido por la mayoría. Al cambiar de sitio me fui dando cuenta que no era así en absoluto, aunque he podido comprobar que muchos filósofos actuales empiezan a interesarse por esta perspectiva.

Con este tema me ha pasado algo parecido a lo que dice Kant de las ideas innatas, que no las podríamos ver, no seríamos concientes de tenerlas. Lo cual está en un pasaje de la *Crítica de la razón pura* que nunca se me olvida, gracias al profesor de teoría del conocimiento. Cuando tuve que hacer un examen en una fecha distinta a la programada, Alejandro me citó en su despacho, me dio las preguntas, y ¡se fue! dejándome ahí con todos los libros. Una de las preguntas era precisamente la de explicar la crítica de Kant a las ideas innatas: ¡dificilísima! Y ahí estaba yo con todos esos libros alrededor, sin ningún obstáculo aunque sea para leer el pasaje una vez más. Pero el gesto de confianza de dejarme sola haciendo el examen había sido tan grande, que no había manera de traicionar esa confianza. No se me olvida ese punto de Kant y no se me olvida que tal vez la mejor manera de exigir es confiar.

En fin, volviendo al tema: tuve que ir a otro ambiente filosófico para darme cuenta de dónde venía, dónde estaban mis raíces, y hacerme consciente de ellas, valorando el “rendimiento” que significa haber subrayado y desarrollado estas nociones. Tal vez sólo entonces se puede continuar una tradición con libertad. Ahora me pregunto qué quiero investigar, cuáles son *mis* preguntas, *mis* “camino”, y veo más claramente cuánto debo a Alejandro Llano ya en lo

temático, en los contenidos de mis preguntas. Pero, como se dice en el libro, los contenidos no son lo más importante.

“Buscar la verdad en amistad”

Últimamente, pasado ya un tiempo del doctorado, cuando ya dejo de entenderme como alumna y me voy viendo como profesora de filosofía, me había estado preguntando por el sentido de esta profesión. A mi alrededor había mucha filosofía de consumo, teorías interesantes y provocativas, pero tal vez un ambiente poco propicio a buscar la verdad. Me voy dando cuenta que no es fácil, pero que sin compromiso con la verdad, y el *valor* que se requiere para ello, y por otro lado, sin la relación y diálogo con otros, sobre todo con los alumnos, no tendría mucho sentido esta labor. Precisamente pensaba estas cosas cuando leí el discurso que pronunció Alejandro Llano al recibir la medalla de oro de la Universidad hace unos meses. Y encontré en una frase suya el resumen y la confirmación de eso que había estado pensando. Dijo que en la universidad había podido “buscar la verdad en amistad”. Al leerlo pensé: sí, es verdad, eso es lo que ha hecho. Y creo que en este libro se aprecia eso muy bien.

“Buscar la verdad”. Se ve en su búsqueda la convicción de que sí se puede alcanzar la verdad, aunque no agotarla, el camino siempre sigue. Por eso tiene sentido plantearse preguntas más allá de lo que esté de moda o de lo que pertenezca al ámbito académico en el que se ha comenzado. Se tiene que buscar *activamente*, no es algo ya dado de antemano, sino “rendimiento”. Lo que me impresiona ahora al releer el libro es el alcance de la búsqueda, la amplitud y profundidad del “rendimiento” de Alejandro Llano, que es muestra de una gran libertad.

Porque, al mismo tiempo, la búsqueda de la verdad sólo es posible si hay libertad, tanto a nivel ontológico (como apertura más allá de lo fáctico, de lo “mostrenco”, palabra que le gusta decir a Alejandro), como a nivel psicológico e incluso moral como actualización de esa apertura. Creo que otro de los temas clave, como se ve en el libro, es la libertad como raíz de la actividad filosófica.

Recuerdo que una vez durante la carrera, un amigo, que era un tanto rebelde, pintó por ahí: “¡Viva la filosofía libre!”, y al día siguiente alguien más había respondido debajo: “Si no es libre, no es filosofía”. Y estábamos bastante convencidos de que podía haber sido el mismísimo Llano (tratamos de comparar la letra). Con esto no pretendo averiguarlo ahora, es sólo un ejemplo de la que considerábamos una actitud característica de Alejandro Llano y la conexión entre filosofía y libertad como un tema “llaniano” por excelencia.

Y es buscar la verdad *en amistad*. Yo he sido testigo de la actitud de Alejandro Llano, como se dice en el libro, de querer comprender lo que se dice y comprender al que lo dice. De cómo el conocimiento teórico es inseparable de una dimensión práctica y afectiva.

Creo que esta actitud se ve en ciertos detalles también de este libro, por ejemplo como cuando va hablando de los temas que ha estudiado, va mencionando a muchos interlocutores, y le da a uno la sensación de que siempre ha estado en diálogo. Que los caminos de la filosofía han sido caminos en común. Por eso me parece ahora muy adecuado que en vez de *Festschrift* haya un libro de conversaciones.

En el libro menciona Alejandro que uno de los problemas en los que está trabajando actualmente es el de la relación entre deseo y amor, y que él no los contrapone, porque el amor es la perfección del deseo. Y sin embargo, podríamos decir que el deseo es movimiento, y en cambio el amor es “*praxis teleia*”.

Para terminar, quiero referirme brevemente a este punto. La filosofía, *amor* a la sabiduría, en la práctica también está rodeada de *deseo*, como muchos habremos experimentado: deseo de saber más, de comprender, tal vez también de convencer o incluso de poseer (tener más libros o, ¡mejor!, más publicaciones... más puntos de la ANECA...).

Pienso en el camino de Alejandro Llano: cuántas veces el *deseo* de saber y de sumergirse en los problemas habrá cedido al *amor*, no como abstracción o palabrita cursi sino como decisión *real* por el bien del otro.

Me consta, porque he sido una de las beneficiadas, que una y otra vez ha puesto a los demás antes que su carrera, y ya no sólo en el sentido de fama y éxito, sino de tiempo y tranquilidad para estudiar.

Me parece ahora difícil de creer cuando pienso que la puerta de su despacho siempre ha estado abierta, y él disponible a todos los que íbamos a tocar (y no éramos pocos). Es más, recuerdo la primera vez que hablé con él, que fue al terminar el homenaje a Leonardo Polo aquí en esta misma aula. Yo acababa de llegar a Pamplona y quería agradecerle las gestiones que había hecho para que yo pudiera venir a estudiar a la universidad, en medio de una situación difícil para mi familia. Me acerqué tímidamente:

—¿Es usted Alejandro Llano?

—Sí...

—Es que quería saludarlo, porque yo estoy aquí gracias a usted...

Y entonces dice la persona que estaba sentada a su lado, don Jorge Mario Posada:

—¡Bienvenida al club! Casi todos estamos aquí gracias a Alejandro Llano...

Mencionaba que algunas ideas de Alejandro Llano han sido y siguen siendo claves para mí, y no las he visto desarrolladas por otras personas. Al contrario, en otros ámbitos se empiezan apenas a descubrir. La libertad intelectual que se ve en la amplitud y profundidad de los temas que ha estudiado es difícil de encontrar. Pero si en algo me parece incomparable es en su manera de volcarse con los demás. Los alumnos como amigos queridos: en eso sí que no tiene comparación. Y ése es el legado más fuerte que trato de tener presente cuando llega algún alumno, o cuando tengo que decidir cómo invertir mi tiempo entre las distintas tareas.

De modo que en el camino de Alejandro Llano no sólo comparece la libertad ontológica o trascendental, ni sólo la libertad intelectual o el coraje filosófico que se ve en su independencia y amplitud de intereses. También creo que ha jugado un papel la "libertad de sí mismo" que decían Schelling e Inciarte: poderse hacer a

un lado para hacer espacio al otro, buscando no la plenitud propia sino el bien ajeno. Me atrevo a decir que en su vida *ha habido* amor a la sabiduría, pero en segundo plano al amor por las *personas concretas*.

De modo que los caminos, el camino, que es movimiento y en ese sentido implica *deseo*, en cuanto hay una praxis acabada, deja de ser sólo un medio. Tiene a cada paso también ya su fin. Poner amor es vivir cada paso del camino como un fin en sí mismo, elevar el movimiento a praxis. Y es entonces cuando en la búsqueda se puede tocar la felicidad.

Mucho más allá de los contenidos filosóficos, con toda su importancia, ¡qué mejor inspiración y ejemplo!

Así que *gracias* Alejandro,
maestro a quien tanto debo,
amigo con quien tanto quiero.

Gracias.

Intervención del
Prof. Dr. José María Torralba
The University of Chicago

Excelentísimo señor Rector
Ilustrísimo señor Decano
Muy querido Alejandro
Estimados colegas del Claustro académico, señoras y señores:

Viajar forma parte de la vida humana. Y no sólo porque —como dice el poeta— seamos caminantes o porque en nuestras vidas tengamos que estar continuamente fijando el norte. Si algo aprendimos de Heródoto es que las fronteras están para cruzarlas; y viajeros más cercanos a nosotros en el tiempo, como Kapuscinski o Magris, nos han enseñado a hacerlo.

Los viajes que emprendemos —geográficos, sentimentales, literarios, espirituales...— trazan el horizonte de nuestra existencia. Viajar nos permite vivir más y, a veces, incluso vivir mejor. Es como los ratos que dedicamos a leer, que dilatan el tiempo de nuestro vivir. Quien más lee, más (intensamente) vive. Alejandro Llano —que se define como letraherido— podría hablar largamente de ello.

Las distancias nos definen y con frecuencia de modo más negativo que positivo: dónde *no* hemos nacido, con quién *no* tenemos relación, lo que *no* hemos hecho o elegido... Pero las fronteras, los límites que nos constituyen sólo se pueden trazar desde fuera, una vez que las hemos cruzado. Es la única manera de conocernos, de interpretarnos. Y el autoconocimiento —“conócete a ti mismo” (*gnothi seauton*)— ha sido la principal tarea del pensamiento, al menos desde Grecia hasta Hegel. Por ello, en los tiempos que corren, la irrealidad —o el “sueño”, en el sentido en que lo emplea Alejandro Llano— es quizá de lo que más necesitamos, ya que es la mejor forma de viajar.

Me van a permitir que me refiera a uno de mis viajes, en este caso literalmente: de Pamplona a Chicago. Habitualmente pensamos

que lo más importante de una estancia en una universidad extranjera es aprender de lo que allí hacen: sus conocimientos, los métodos que emplean y la abundancia de recursos de la que disfrutan. Es decir, lo que se suele llamar “adquirir experiencia internacional”. Aunque ciertamente nuestro nivel de investigación y desarrollo científico a veces está lejos del de otros países, me atrevería a decir que aprender de ellos no es lo único, ni lo más importante que podemos hacer.

Lo más beneficioso de “salir” es la posibilidad de contemplar, en perspectiva, lo que se ha dejado atrás. No sólo porque así valoramos adecuadamente lo que aquí tenemos (aquello de que “como en España no se vive en ningún sitio” tiene algo de verdad...); sino sobre todo porque, tratándose de una universidad como la de Navarra, tomar distancia ayuda a ver el alcance del proyecto en el que estamos embarcados. No hay muchos lugares como éste. Sin duda, hay muchas universidades mejores, con más... de todo, pero me atrevería a decir que hay pocas universidades más universidades. No hay en esto —espero— ningún atisbo de autocomplacencia, entre otras cosas porque quien lo dice no es más que un joven profesor, y además de Filosofía y Letras... En lo que sigue voy a tratar de explicar a qué me refiero, porque éste —el de la universidad y su relación con la verdad y el cristianismo— es el tema central del último capítulo de *Caminos de la filosofía*, que lleva por título “Ilustración o modernidad”.

La universidad no es sólo una institución educativa o un motor de progreso económico y científico, ni tampoco es meramente el templo del conocimiento, donde encuentran refugio los sabios y eruditos. La universidad forja —o debería forjar— el destino de un país, de una sociedad, del mundo en definitiva, porque —según se insiste en estas conversaciones— la educación es el futuro. A ningún lector se le oculta que Alejandro Llano parece tener pocos motivos de optimismo acerca del estado actual de la educación. Y, ciertamente, los problemas y retos que ésta debe afrontar son ingentes. Sin embargo, él es un esperanzado, que no invita al derrotismo, porque cree en las personas: en los estudiantes y en los profesores. Recuerdo que hace un par de años dio una conferencia a un centenar de bachilleres en un curso de verano de humanidades. Estuvo dos días con ellos, en diversos coloquios, y disfrutó con su genuino

interés por la literatura, la historia, el teatro... y por mejorar el mundo. En el viaje de vuelta era notable su entusiasmo. Decía: “Con gente así, hay esperanza, hay futuro”.

A Alejandro Llano le parece que la ilusión, el progreso, no depende principalmente de lo institucional, ni de los recursos, sino de la vitalidad de quienes participan en la tarea educativa: lo que él llama en estas conversaciones la “fuerza espiritual básica”, es decir, el “alma”, el alma de la universidad. Y esto no son sólo bellas palabras. En su libro *La nueva sensibilidad* ofreció una teoría que lo explica: lo decisivo en una sociedad o en una institución no es la tecno-estructura, sino el mundo de la vida.

La universidad es el lugar donde habitan esas verdades que necesitamos para dar forma a la sociedad en que vivimos: piénsese en la historia, el derecho, el arte, la política... Por eso, en tiempos de crisis cultural, la universidad es más necesaria que nunca. Al mismo tiempo, sin embargo, ser universitario es muy exigente y una tarea casi imposible, porque no es un objetivo a la medida humana, sino que nos sobrepasa a cada uno individualmente.

Decía antes que la distancia nos ayuda a comprendernos. En la Universidad de Chicago, los estudiantes encuentran eso que allí llaman “*The life of the mind*”, la vida del espíritu o, mejor, la vida intelectual. De hecho, ésa es la frase que figura en la portada de los folletos promocionales (es decir, que lo consideran el reclamo más poderoso para atraer alumnos...) e incluso algunos estudiantes la llevan escrita en las camisetas que lucen por el campus.

Esa vida del espíritu consiste en la educación liberal. La primera vez que —siendo todavía estudiante en la Universidad de Valencia— leí esas dos palabras fue en un artículo de Alejandro Llano. Él las toma de Newman y su libro *La idea de una universidad*. Lo llamativo es que esa idea sigue viva en algunos (pocos, muy pocos) campus de Estados Unidos. Una educación es liberal cuando no tiene como único objetivo la cualificación técnica, sino que considera la verdad y el conocimiento, ante todo, como una necesidad humana básica, porque nos perfecciona; cuando no teme plantear las grandes preguntas de la vida (lo que allí llaman de un modo muy gráfico la “*big picture*”); cuando se preocupa no sólo por el intelecto, sino también por la forja del carácter; y, finalmente, cuan-

do hace posible el diálogo y la convivencia amistosa de profesores y alumnos. Esto es lo que define sus *liberal arts colleges*, confesionales o seculares. Y una de las claves (al menos, en Chicago) es que tan ambicioso proyecto no es sólo para los estudiantes de grado (los *undergraduate*), sino también para quienes cursan el máster y doctorado.

Tal es su entusiasmo que han llegado a decir –en un libro recién publicado– que las humanidades son un invento americano. Semejante *ocurrencia* es muy típica de los “yanquis”, pero lo malo es que –al menos, en este caso– creo que llevan razón, porque el modo en que en todo el mundo hablamos hoy de “las humanidades” –así, como un objeto o tema– es precisamente el de su lugar en la educación e importancia para la sociedad, y resulta que estas ideas se gestaron en los años 20, 30 y 40 del pasado siglo, especialmente en las Universidades de Columbia y Chicago. Desde luego, ellos son unos recién llegados a la larga historia de la cultura, pero se han puesto rápidamente a la cabeza, al menos en el mundo universitario. Al contarle todo esto a un profesor (español), empeñado en la defensa de las humanidades, me dijo: “No, si al final van a ser *los bárbaros* quienes tendrán que venir a salvarnos...”.

Cuento esto porque cuando iba conociendo el modelo americano de *college*, pensaba: “Todo esto me suena. Me suena mucho”. Parece claro que en la Universidad de Navarra ofrecemos una educación liberal, aunque no la llamemos así. No es casual. En estas conversaciones, Alejandro Llano explica que el cristianismo proporciona la “fuerza espiritual básica” que anima nuestra tarea aquí. Esto se lo debemos, en primer lugar, al Fundador de la Universidad, pero también a quienes han transmitido esa identidad original y han hecho posible lo que hoy todos conocemos y damos casi por supuesto. Por usar la metáfora medieval, somos como enanos subidos a hombros de gigantes, de gigantes intelectuales. Mantener viva la memoria de lo que han hecho, por qué y cómo, no sólo es un deber de justicia –dicen que es de bien nacidos ser agradecidos– sino ante todo una necesidad existencial, porque la tradición es lo que nos define, lo que da vida a nuestra tarea. Además, si echamos cuentas, parece que buena parte de la tarea de consolidar la Universidad de Navarra ha recaído sobre la generación que se está jubilando en

estos diez o quince años, una generación llena de auténticos maestros, que va a ser muy difícil reemplazar.

Alejandro Llano ha reflexionado ampliamente sobre la relación entre universidad y cristianismo en sus discursos como rector y, muy particularmente, en su ensayo “La universidad ante lo nuevo”, que leyó en esta aula magna con motivo del 50º aniversario de nuestra *alma mater*. Él considera –según nos ha explicado en estas conversaciones– que el cristianismo puede ser la vida de una universidad, además de por estar en su origen histórico como institución, porque ofrece una “visión unitaria de la persona”, “respeta las diversas mentalidades” y porque la “teología es un factor de universalidad”. Por un lado, la noción de verdad permea completamente el mensaje evangélico y, por otro, la auténtica universidad es aquella que tiene por única premisa la verdad, es decir, que respeta la autonomía propia de cada ciencia y que, además, está abierta a todos los ámbitos de la existencia humana, lo cual incluye a Dios. De hecho, esta idea de que la verdad es la única moneda válida en la vida humana (y no el beneficio egoísta, el poder como dominación, o los intereses de parte, aunque sean “buenos”) es la principal aportación que la universidad puede hacer a la sociedad: a su organización política, económica, cultural y religiosa. Antes decía que la universidad es hoy más necesaria que nunca y me parece que –planteándolo en estos términos– no es difícil estar de acuerdo.

En el libro preguntamos a Alejandro Llano por dos conceptos que él ha contribuido a introducir en nuestro discurso intelectual: los de “humanismo cívico” y ese oxímoron que es “empresa y humanismo” (aunque ya nos hayamos acostumbrado a esta última expresión, no ha dejado de ser un oxímoron, al menos por ahora). Las sonrisas incrédulas aparecen cuando se mencionan estos proyectos utópicos, quijotescos, dignos de tener a filósofos como principales valedores. Pero la verdad es testaruda y a la vuelta de un cuarto de siglo ya no suena tan raro afirmar, por ejemplo, que el fin *último* de una empresa no es maximizar beneficios; o que hay una lógica del don en la economía; o que la actual crisis económica se debe a que “nuestra visión del mundo fue errónea; por tanto, lo que tenemos que corregir es nuestra visión del mundo” (estas palabras no son de ningún *filosofillo*, sino de *le Président* de la República Francesa); y también que verdad y democracia no sólo no son in-

compatibles, sino que el pluralismo es probablemente la expresión política más adecuada a nuestra condición de seres libres y finitos; o, por último, que el relativismo, en el fondo, no es más que otra forma de pensamiento único.

“Humanismo cívico” y “empresa y humanismo” son claros ejemplos de cómo la verdad puede encontrar su sitio en la organización política y económica. Hay un momento de las conversaciones en el que Alejandro Llano recuerda cuando le invitaron a una escuela de negocios y, en cierto momento, uno de los allí presentes afirmó, en tono triunfal: “Es que, realmente, la ética es rentable”. A lo que Llano replicó: “O no”. Desde luego, no tiene por qué haber oposición entre tecno-estructura y mundo de la vida, entre eficacia y moralidad, pero sí es preciso que haya un orden entre ellos y —no seamos ingenuos— lo decisivo es quién tiene la última palabra.

En este contexto aparece la dialéctica entre Ilustración y modernidad. Alejandro Llano consigue deslindar ambos conceptos. En sus escritos, la modernidad es un factor positivo, de entrada porque la historia no tiene vuelta atrás, pero sobre todo porque son patentes los logros alcanzados en los últimos siglos: la viva conciencia de la igual dignidad de todas las personas, la consideración de la mujer, la solidaridad como principio decisivo para la vida social, el respeto por la naturaleza... Ciertamente, muchos de estos logros se han alcanzado en buena medida como reacción a nuestros excesos y perversidades de los siglos pasados; pero ahí están, ahora no hay que perderlos.

En cierto sentido, el proyecto ilustrado —la modernidad ilustrada— ha caducado, porque ya no es capaz de proporcionar la savia que la cultura necesita. Una clara manifestación de ello es el cambio de postura de Habermas acerca de la religión. Si inicialmente modernidad era sinónimo de proceso secularizador, ahora se empieza a reconocer que la religión es un factor esencial (y positivo) en el desarrollo social. La ecuación “menos religión es más libertad” ha quedado sustituida por esta otra: “menos religión es menos sociedad y, por tanto, menos libertad”. Es preciso pasar del secularismo a la secularidad y del laicismo a la laicidad. Pero esto no supone una enmienda total al proyecto moderno, sino más bien una rectificación de los excesos ilustrados. Significativamente, al pre-

guntar a Alejandro Llano por este cambio de Habermas, nos dijo que no hay que interpretarlo como una debilidad de la modernidad, sino más bien como una muestra de su fortaleza, porque ser capaz de rectificar es el mejor antídoto contra la ideología.

Esta tarea de “rectificar la Ilustración” comienza por la noción de verdad, que es preciso *ampliar*, despojándola de todo racionalismo. Y no se trata sólo de reconocer que la fe también es un ámbito veritativo, como sugirió Juan Pablo II en *Fides et ratio*. La tarea va más lejos aún. Por ejemplo, Girard con su teoría sobre la verdad del mito es otro de los interlocutores de Alejandro Llano en este asunto. El primer paso consiste en reconocer que lo humano nos trasciende, que nunca lo agotaremos con nuestro conocimiento. Y la propia modernidad nos ofrece algunas claves para dar ese paso, que podemos y debemos explorar: por ejemplo, a través de la experiencia de lo bello, donde nos reconocemos como seres libres, abiertos a lo trascendente, capaces de infinito; o también, según ha sugerido Spaemann (siguiendo a Kant), al advertir en el carácter “insobornable” de la conciencia moral un signo irrefutable de nuestra dignidad, pues la *necesidad* de preguntarse por el bien y el mal es algo exclusivo de los seres humanos.

En la universidad nos jugamos el futuro. Y por eso resulta crucial entender adecuadamente qué significa tomar la verdad como única premisa o moneda válida. En el retrato que hay en el Salón de Grados de Rectorado, Alejandro Llano aparece junto al Edificio de Ciencias Sociales (más conocido como *fcom*) y con un manual de *Fundamentos de Antropología* en la mano. Esas asignaturas que ahora llamamos nuestro *core curriculum* son una de sus aportaciones al desarrollo de la Universidad de Navarra. Ellas contribuyen decisivamente a la vitalidad de ese horizonte común del que se nutre nuestro proyecto educativo: la convicción de que Dios es la verdad. Sin embargo, esta convicción no es algo explícito ni, mucho menos, impuesto.

En 1989, la universidad concedió el doctorado *honoris causa* a Elizabeth Anscombe. En su discurso de aceptación dijo: “La Universidad de Navarra, con su búsqueda de la verdad [en los diversos saberes], está dedicada al servicio de Dios. Que Dios es la verdad es algo que actualmente no se reconoce en todos sitios, ni siquiera

en la mayoría, pero ese reconocimiento está siempre *implícito* en esta Facultad”. Cuando hace unos años preparamos –el profesor Jaime Nubiola y yo– un libro con las conferencias pronunciadas por la profesora de Oxford y Cambridge en sus frecuentes visitas a nuestra universidad, inicialmente pensamos incluir los discursos de ese acto, pero Alejandro Llano sugirió que no lo hiciéramos, porque son de carácter más bien personal. Recuerdo que dijo: “Son textos *para nosotros*”. Yo lo entendí en el sentido de que forman parte de una conversación mantenida a lo largo de los años, que sigue abierta, pues hoy continuamos participando en ella. Quizá me equivoque, pero publicarlos hubiera sido como hacer explícito lo que es mejor que permanezca implícito. Además, esas palabras de Anscombe propiamente casi no se pueden *decir*, lo único que cabe es *susurrarlas*. No hacemos gala de nuestra inspiración cristiana. La actitud es más bien la de reverencia ante el misterio de la Verdad, con mayúscula.

En algunas de las páginas más vibrantes del libro, Alejandro Llano afirma que “la verdad no es una cosa. Así como de la vida nunca puedes decir que es plena, porque el hombre y la mujer son realidades *in via*, nunca puedes decir: ‘Ya tengo la verdad’. En cierta manera la verdad es siempre nueva, porque las realidades son cada vez distintas: nada se repite en este mundo. Y siempre tu captación de la verdad es limitada. (...) Nunca puedes pensar (...): ‘Ya he captado la verdad del ser, ya sé lo que es la libertad, ya sé lo que es el conocimiento’. En realidad, es algo que tú estás buscando, pero en ningún momento de esta vida es un logro ya concluido”. Por eso, al preguntarle: “¿Se puede *enseñar* la verdad?”, nos respondió: “Me parece que la verdad, propiamente, no se puede enseñar como tal, y decir: ‘*Esto* es la verdad’. El profesor debe decir lo que él considera que es verdadero, o indicar aquello que considera que *no* es verdadero. Se las está siempre viendo con la verdad. Pero no se trata de hacer un listado de verdades. Eso me parece muy poco filosófico, porque la filosofía es amor por la verdad, no posesión lograda, ya lista para servirla en el banquete de la sabiduría”.

La verdad no es evidente. Hay verdades que son evidentes, innegables, como que $2+2=4$ o que esta intervención ya está durando más de lo previsto. Pero la mayoría no lo son. Ni siquiera que Dios existe es evidente *quoad nos*. Por eso, no es posible imponer la

verdad, sino sólo proponerla. Lo que sí cabe –y éste es un excelente resumen de la tarea universitaria– es invitar a otros a buscar juntos la verdad. Porque lo que nadie puede (o debería) negar es que *hay* verdad, es decir, que somos capaces de distinguir lo verdadero de lo falso, el bien del mal, lo mejor de lo peor. Si no hubiera verdad, la libertad carecería de sentido, sería incluso ininteligible, porque no habría un *para qué*. Sin verdad, en vez de personas seríamos “como una planta” (*homoios phyto*), según explica Aristóteles en el libro *Gamma* de la *Metafísica*.

Benedicto XVI decía hace poco en su discurso en el Parlamento alemán –precisamente para abogar por la necesidad de la ley natural– que “nunca ha sido fácil encontrar una respuesta” a la pregunta por el bien humano y que “hoy no es en modo alguno *evidente de por sí* qué sea lo justo”. Por eso, lo que todos necesitamos es “un corazón atento” (*ein hörendes Herz*) como el que pidió el rey Salomón para estar a la *escucha* de la verdad. Es la “sensibilidad para la verdad” de la que también habló en su discurso a la Università della Sapienza, probablemente porque la universidad es la institución que mejor puede transmitir esa actitud a las nuevas generaciones.

Alejandro Llano lleva toda su vida invitando a esa escucha, a esa búsqueda de la verdad. “Empeñarse en educar es la más clara manifestación de esperanza que, vista así, constituye la antítesis del optimismo convencional”, son palabras suyas. Como los buenos maestros de siempre, Alejandro Llano dedica lo mejor de su tiempo a conversar, a organizar seminarios “libres” (como se llamaban antes), donde el único interés es aprender; procura señalar a los más jóvenes los senderos que él, generosamente, ha ido abriendo; siempre con la ilusión de que otros lleguen más lejos; creando escuela y, en definitiva, haciendo viva la tradición. O en palabras más coloquiales, que él emplea con frecuencia: lo que siempre se ha propuesto ha sido “agitar el cocotero”, es decir, despertar inquietudes intelectuales, ampliar horizontes y compartir afanes.

Tal es la lógica de un universitario que no ha apostado por el paradigma de la eficacia, sino por el de la fecundidad. El resultado de la apuesta está a la vista de todos. Me parece que los aquí presentes –y también quienes no han podido acompañarnos hoy–

compartimos un mismo sentimiento; lo único que cabe es admitirse y decir: "¡Gracias!".

Palabras de respuesta del
Prof. Dr. Alejandro Llano
Catedrático de Metafísica
Universidad de Navarra

Comienzo del mismo modo que ha terminado la anterior intervención: con agradecimiento. Agradezco, en primer lugar, al Decano de la Facultad la organización de este acto académico, así como la presencia del Rector. También agradezco sinceramente las palabras de mi colega Rafael Alvira, Director del Departamento. Y a todos vosotros, queridos compañeros de trabajo, familiares y amigos, va mi gratitud por haber querido acompañarme hoy.

Aunque el tono de las intervenciones pueda indicar lo contrario, en realidad soy yo quien se siente en deuda por todo lo que la Universidad de Navarra me ha regalado en estos años. Lo dije hace unos meses en esta misma aula, al recibir con enorme alegría la Medalla de Oro, pero lo repito ahora gustosamente: aquí he rozado muchas veces con la punta de los dedos eso tan difícil de alcanzar en este mundo, y a lo que me atrevo a llamar felicidad.

* * *

He dicho con frecuencia, quizá con insistencia excesiva, que desconfío de la apelación a supuestas relaciones entre discípulos y maestros. Pero ahora me arrepiento de haber enfatizado tanto una postura que se presta a equívocos. Porque puede parecer que yo no valoro esa simbiosis. Y no es verdad. Lo que no me gusta nada es su mistificación o su instrumentalización. Si se llama maestro o discípulo a alguien por halago o por interés pragmático, me parece muy mal. Y de ello se ha abusado durante decenios en la Universidad española, en la que —al mismo tiempo— han sido muy pocas, muy raras, estas conjunciones duraderas entre los que enseñan y los que aprenden, sobre todo porque no se ha tenido suficientemente en cuenta que quien aprende acaba por enseñar a quien le enseña, y viceversa.

Si de algo estoy satisfecho y agradecido es de haber tenido maestros, y ¡qué maestros!: Antonio Millán-Puelles, Fernando Inciarte, Juan Rosado y Florentino Pérez-Embid, tres andaluces y un vasco. Estoy orgulloso de ellos y también de quienes algún día aprendieron algo en mis clases o en sus tesis doctorales, y ahora son ellos los que me enseñan. Porque me entienden mejor, me explican mejor, de lo que yo me entiendo y me explico a mí mismo. Tal es el caso de los tres que me han entrevistado para el libro que hoy se presenta, y que acaban de hablar sobre él: Lourdes Flamarique, Marcela García Romero y José María Torralba. ¿Por qué precisamente estos tres en vez de otros no menos cercanos ni menos competentes? Se podría decir, con los clásicos, que es un evento, un *per accidens*, una coincidencia. Eran los tres que pasaban por allí en ese momento y se prestaron a dedicar muchas horas a un trabajo desinteresado, por el que yo les estoy hondamente agradecido. ¿Azar, casualidad? Quizá. Pero muy cerca del significado de estas palabras está la de "destino". Los libros tienen también su destino, corren su propia suerte: *habent sua fata libelli*. Y este destino tiene que ver con algo que ha destacado Marcela García, seguramente porque lo ha repensado durante estos años en la Universidad de Munich; ese destino viene marcado por la amistad y, en definitiva, por el amor. Porque el nombre abreviado de la filosofía, sorprendentemente, es amor.

* * *

Lourdes Flamarique, a la que los otros tres participantes reconocemos su liderazgo, es quien tuvo la idea de este libro y quien lo ha sacado adelante con inteligencia y constancia. Las consideraciones que hemos escuchado hace un rato evidencian que su tarea no ha sido sólo ni principalmente organizativa, sino que ella ha tenido desde el principio en la mente el argumento de esta obra. El suyo ha sido un liderazgo intelectual.

Al comienzo de su intervención nos decía Lourdes que preparamos este libro con la intención de que resultara una autobiografía intelectual, pero en buena parte lo que nos ha salido son unas confesiones. Wittgenstein distinguía entre lo que se dice y lo que se muestra. Y nuestro querido colega Jorge Vicente Arregui, fallecido hace ya unos cuantos años, escribió que mostrar es lo que se hace al

decir. Al expresar lo que somos, al igual que al contar un sueño —señala Lourdes— nos interpretamos. Y estos tres coautores me han ayudado a interpretarme a mí mismo. El resultado ha sido muy revelador y, en algunos puntos, sorprendente, porque de la conversación confiada han surgido cosas que ni yo mismo sabía.

Y surge así de nuevo el tema de la amistad, de la filosofía como práctica amorosa. Mis interlocutores me han ido orientando con sus preguntas hacia un tipo de respuestas en las que lo teórico y lo vital se daban la mano. Hemos regresado así a la forma más auténtica de hacer filosofía, consistente en crear un ambiente fértil a través del diálogo abierto y confiado, pero no por ello menos riguroso. Y, desde luego, no lo hemos hecho de manera intemporal. Hegel decía que hacer filosofía es "pensar el propio tiempo". ¿Cómo íbamos a hacerlo, si no? La filosofía está siempre situada, encarnada. Pretende trascender su horizonte inmediato, pero no puede prescindir de él. Si el objeto de la filosofía es lo trascendente (o, mejor, lo trascendental), este paso supone la existencia de un límite que es preciso trascender, superar: sin prescindir de esa barrera, sino, por así decirlo, saltándosela. De esa manera, se evita el gran riesgo del filosofar, que es quedar atrapado en lo convencional, en lo políticamente correcto, en los tópicos ambientales, en el simple sentido común. Se piensa el propio tiempo, para no caer en sus trampas.

Pero la Profesora Flamarique me pone en el disparadero, al preguntarme ahora si, a base de tener en cuenta las distintas tradiciones de pensamiento que basculan sobre el presente, no habré adoptado una postura irenista, tratando de dar la razón tanto a aristotélicos como a kantianos o a analíticos. Comprendo que yo pueda dar con frecuencia esa impresión de pacifismo, porque no acepto una disciplina de escuela. Mis simpatías por el tomismo son claras y manifiestas en este mismo libro. Pero no acepto la presunta ortodoxia de una u otra tendencia neoescolástica, lo cual me ha llevado a situaciones que habrían sido tensas si no fueran divertidas. Por ejemplo, en este mismo edificio, un profesor de la Universidad de Barcelona me llamó "hereje" y esa acusación quedó recogida en las actas del simposio, organizado por una fundación católica italiana, lo cual preocupó mucho a otros colegas catalanes, pero a mí solamente me provocó la risa.

También ha recordado la perplejidad que provocó en algunos mi libro *La nueva sensibilidad*, sobre todo cuando afirmé —en 1985— que las corrientes con más impacto en un futuro próximo serían el ecologismo, el nacionalismo, el feminismo y el pacifismo. Algunos lectores ni siquiera sabían lo que significaban en realidad algunas de estas palabras, y creían que yo desvariaba. Al cabo de pocos años, me preguntaban: “¿Cómo lo sabías?”. Y yo sólo podía responder: “Mirando alrededor y hablando con la gente”.

Con la filosofía analítica del lenguaje me pasó una cosa curiosa: durante mis años en la Universidad de Valencia —desde 1962 a 1976— se desencadenó una larga polémica entre analíticos y metafísicos. Juan Rosado y yo mismo, con otros aún más jóvenes, constituíamos la minoría perseguida y vilipendiada de los metafísicos, mientras que la mayoría dominante estaba formada por una extraña alianza entre positivistas analíticos y marxistas. Pues bien, al cabo de poco tiempo me encontré con uno de mis más duros adversarios, que se había convertido al catolicismo, y yo le tuve que confesar —a mi vez— que estaba escribiendo un libro con metodología analítica sobre temas metafísicos, *Metafísica y lenguaje*. Recordé entonces lo que dice Américo Castro sobre la sanchopancización de Don Quijote y la donquijotización de Sancho. Pero hay algunos que todavía no me lo perdonan. Piensan que me he pasado al enemigo.

En esta apertura a nuevos horizontes intelectuales me ayudó mucho la persona y la personalidad de Fernando Inciarte, un español fuera de España, que ha sido el único catedrático carpetovetónico de filosofía en la universidad alemana contemporánea. Inciarte supo ser un católico español que enseñaba filosofía alemana (o griega) en Alemania. Se las hicieron pasar muy mal en algunas temporadas, pero él aguantó el tirón durante cincuenta años. Hasta que, enfermo y agotado del duro bregar, vino a morir a esta Universidad.

Es cierto, a mí me ha interesado mucho desde el comienzo la teoría de la intencionalidad, que por cierto tiene origen árabe. Es uno de los muchos grandes temas que se han ido perdiendo en el camino. Cuando he trabajado en otros países, sobre todo en Alemania y Estados Unidos, he tenido la misma impresión que ahora tiene Marcela en Munich: que en esas Universidades, consideradas por muchos como las mejores del mundo, a veces se ignoran cosas

muy elementales, porque no pertenecen al vocabulario que ellos han impuesto y del que son incapaces de salir. A veces les he contado cosas —desconocidas para ellos— que yo había aprendido en la asignatura Fundamentos de Filosofía de primero de comunes, y abrían los ojos como platos.

Pienso que una tarea muy propia de la filosofía es esa limpieza intelectual a la que se ha referido Lourdes. Especialmente en Madrid se dice hoy con frecuencia para alabar a un político o a un empresario: “Tiene la cabeza muy bien amueblada”. Y yo suelo comentar que se le nota, porque no puede dar un solo paso en su mente de tan llena de trastos como la tiene. Está dominado por los tópicos que van de boca en boca, como la falsa moneda iba de mano en mano.

Sin embargo, creo que la filosofía no se puede separar de la cultura, porque es su más honda inspiración. La filosofía no es cultura, pero sin filosofía no hay cultura que valga. Por eso es difícil que se desarrolle con normalidad en un ambiente de liquidación de las humanidades. Pero no es ésta la primera coyuntura histórica en que esto sucede, aunque quizá nunca como hasta ahora el positivismo pragmático se había empeñado tan a fondo en reducirlo todo a cuestiones materiales y utilitarias.

Razón de más para insistir en el cultivo urgente y comprometido de la filosofía, que siempre ha ido —de un modo o de otro— a contrapelo de las tendencias dominantes. A veces, con el resultado paradójico de que, al cabo de no mucho tiempo, se observa que un modo u otro de filosofar se ha llevado el gato al agua. Porque hasta el materialismo y el pragmatismo han sido teorías filosóficas antes de aplicarse al campo económico o político. Nos conviene a todos cultivar la mejor filosofía posible —la más verdadera— porque donde menos se espera salta un pensamiento filosófico que, si no lo parece, no suele ser de la mejor calidad intelectual ni ética.

* * *

Aunque venga desde un lugar relativamente lejano —no tanto como José María Torralba— y el tiempo de su estancia en él se mida por años, me resulta muy fácil dialogar con Marcela García Romero. No sólo porque es mexicana, como la mitad de mi familia,

sino porque ha estudiado en la Universidad de Navarra, y aquí presentó su tesis doctoral sobre Schelling, en régimen de cotutela con la Universidad de Munich, en la que enseña actualmente.

Y lo primero que quería decirte, Marcela, es que las conversaciones que dieron origen a este libro no fueron de pesadilla, sólo resultaron agotadoras. Pero creo que los cuatro nos lo pasamos estupendamente hablando de lo nuestro. Y es verdad que, en cierto modo, todos estábamos a lo mismo. Como sucedería si se hubieran encontrado presentes Millán-Puelles, Inciarte —a quien trataste con frecuencia— o Buchheim. Es una cadena ininterrumpida que tiene veinticinco siglos a la espalda, y que no ofrece visos de estar tocando su final.

A ti te pasa con este libro lo mismo que a mí: que es como si te encontraras en cada página con viejos amigos que han ido cambiando de aspecto e incluso de ocupación y de carácter, pero que —al fin y al cabo— son los mismos. A la postre, la praxis perfecta, la *praxis teleia*, a la que aludías al comienzo, la describe Aristóteles como un avance hacia sí mismo, o bien hacia lo mismo.

El tema de la acción y del acto, como no puede ser menos en quien ha estudiado a Aristóteles y a Kant, es central en mi manera de pensar. Curiosamente, cuando se habla de las categorías kantianas, rara vez se dice (yo nunca lo he visto en ningún autor) que Kant las define como “acciones del pensar puro”. Y una de las investigaciones que yo no he podido concluir, pero que ha dado origen a alguna publicación, es la que hubiera querido titular “teoría general de la acción”.

Pero la idea clave para mí en este campo, la distinción entre actualidad y efectividad, entre acto y hecho, *actus y factum*, me vino a la mente cuando leía a Cornelio Fabro, y me la confirmó y orientó Inciarte durante un paseo por la playa del Sardinero. Me encanta que tú hayas seguido a tu modo con este tema en tus trabajos postdoctorales, que a mí me ayudan a mantenerme en vilo sobre este problema, que no es otro que la cuestión del ser y de la existencia. Es decir, metafísica pura y dura, sofisticada con recursos de análisis lingüístico y de confrontaciones entre biología y filosofía.

Me hace gracia que a la idea del conocimiento como acto —tan apreciada en esta Universidad por obra de Leonardo Polo: ¡él sí que es un maestro!— la califiques tú de *llaniana*, porque es como un estudioso de Carlos Llano, el mexicano Oscar Jiménez, caracteriza la obra de mi hermano (del que por cierto se está comenzando el proceso de beatificación: de él sí que tendríamos que aprender).

No me acuerdo, la verdad, de ese examen en el que me arriesgué a que copiaras a mansalva; seguro que —por lo que te conocía— estaba convencido de que te atenderías a la más estricta moral del estudiante. Pero mi preocupación por el tema de la problemática no existencia de ideas innatas en Kant lo tengo muy vivo. Porque la admisión de ideas innatas facilita el gran error de la filosofía racionalista (y empirista) moderna, que es una extraña combinación de naturalismo y representacionismo, posturas con las que me considero en combate permanente, pero que —por una mala interpretación de las nuevas tecnologías— gozan ahora de excelente salud social.

Para nombrar el resultado de la búsqueda filosófica, utilizas la palabra rendimiento, que me parece que también ha usado Lourdes. Se aprecia que las dos tenéis formación alemana (y en ambos casos muniquesa), porque estoy seguro de que, al usar esa palabra, estáis pensando en el término germano *Leistung*, en el que el carácter de novedad, de aportación original, es mucho más claro que en su versión castellana. Julio Camba diría que tiene más peso. El resultado del pensamiento filosófico es, efectivamente, una *Leistung*. Porque, aunque se trate de un tema al que se le esté dando vueltas desde hace siglos, para tratarlo filosóficamente hay que pensarlo de nuevo. Por eso no hay técnica que valga para enseñar filosofía o, mejor dicho, para aprenderla. Porque todo pensamiento filosófico es una radical innovación que no se puede almacenar ni repetir, porque es en sí mismo vida, acto, y no contenido.

El clima de amistad, que se respira en los diálogos platónicos, es imprescindible para el progreso en filosofía. Por eso ha sido muy dañosa la introducción de aspectos ideológicos, en los que suele estar presente el odio, en la confrontación filosófica. Cuando me incorporé a la Universidad de Navarra, los alumnos me preguntaron por qué, al dar clase, lo hacía mirando por la ventana: es que en

otra Universidad lo que veía en el aula no me producía el sosiego que el pensar requiere. Cuando se visita una Facultad o Departamento de Filosofía, en el que se aprecia que hay facciones, enemistades, tensiones políticas, odios, se puede adelantar que allí no va a medrar el pensamiento original.

El clima para hacer filosofía es la amistad, que se plasma en un diálogo en el que nunca debe haber asomo de presión o de violencia. Y su método no es otro que la lógica y, en definitiva, el ejercicio mismo del pensamiento tensado hasta su límite. Es en este clima en el que se desarrolla la libertad. Personalmente, he tenido la suerte de que nunca he sentido coartada mi libertad. Por supuesto, nunca en la Universidad de Navarra, donde la libertad intelectual es intocable. Pero tampoco la he sentido amenazada en otras instituciones donde imperaba un ambiente lleno de tensión. He tenido la fortuna de aprender de mis mayores que no se debe poner jamás en cuestión la propia libertad, que en ningún caso hay que hipotecarla, porque es el don máspreciado de toda persona, y de un modo especial si se es cristiano, porque se sabe en posesión de la libertad con la que Cristo nos ha liberado.

Tienes razón en señalar que la dialéctica entre deseo y amor me trae por la calle de la amargura. Es uno de los temas al que he dedicado más tiempo, y del que he obtenido menos resultados. La razón está clara. Constituye un asunto en el que la propia condición humana está profundamente implicada, y resulta muy difícil de objetivar. Muchos filósofos y escritores se han ocupado de esta cuestión, que sigue apareciendo siempre como un enigma, como una especie de misterio antropológico.

Aunque estoy dispuesto a acometer de una buena vez este problema, lo poco que he avanzado me ha servido para cuestionarme el único punto de partida que yo consideraba firme: la distinción entre deseo y amor. Porque resulta que tal diferenciación no está nada clara, empezando por uno de los mejores tratadistas del tema que es Tomás de Aquino. El planteamiento tópico es, por ejemplo, el de Ortega y Gasset; según el pensador español, el dominado por el deseo atrae hacia sí el bien apetecido, mientras que el amor nos acucia a salir fuera de nosotros mismos para alcanzar lo que se ama. En lugar de este dualismo, la mejor formulación que he en-

contrado hasta ahora es la de Marcel Proust en su gran libro *En busca del tiempo perdido*. El protagonista de este panorama literario de Europa en el tránsito del siglo XIX al XX, sintetiza así su tesis vital: "Deseaba un gran amor".

En filosofía, el deseo de saber, con el que Aristóteles abre su *Metafísica*, acaba conduciendo al amor a la sabiduría, en el que consiste la propia filosofía. En su propia designación, se encuentran ya las paradojas de la ciencia primera: lo más intelectual y aparentemente abstracto es objeto de amor, es decir, meta de lo más vital y propio de cada uno. Por eso, se puede decir con Hölderlin: "Quien ha pensado lo más profundo, ama lo más vivo"; que Lourdes transformaba en la fórmula inversa y sorprendentemente no menos cierta: "Quien ha amado lo más vivo, es capaz de pensar lo más profundo".

* * *

Finalmente, José María Torralba me interroga —sin preguntarme directamente— por la Universidad, tema polémico, ya desde los tiempos en que Luis, Rey de Francia, mandó que sus tropas entraran en La Sorbona allá por el siglo XIII. Él sabe —porque nos conocemos desde hace tiempo, cuando él todavía estudiaba en Valencia— que ése es mi tema más sensible, mi *punctum dolens*. Lo cual tampoco es en mi caso nada nuevo. Ya hace cincuenta años, yo era delegado de curso en la Universidad de Madrid (hoy Complutense) y compartía mi primera iniciación a la filosofía con inquietudes políticas que surgían de la Universidad y a ella iban a parar.

Toda mi vida profesional se ha desarrollado muy dentro de la Universidad. No sólo como investigador y docente de la filosofía, sino también como delegado de curso, presidente de la asamblea libre de estudiantes, director de un colegio mayor, vicedecano, decano, rector, levantador de fondos, promotor de edificios, etc. Algunos me preguntan: ¿cómo te has apañado para compatibilizar todos esos menesteres con el estudio, las clases, las publicaciones? Mi respuesta *era* que las noches bajo la ominosa dictadura se hacían muy largas, entre otras cosas porque no había televisión, y yo tenía una edad como para saltarme ocho horas de sueño sin las consecuencias fatales que hoy tendría tal imprudencia.

Respecto a esa dimensión activa de mi vida universitaria, me queda un regusto más bien amargo. Además de dejarme jirones de salud en esos empeños, creo que casi nunca he conseguido lo que me proponía. Aparte de mis evidentes limitaciones respecto a la gestión, he llegado a la conclusión que la educación es uno de los permanentes problemas de España. No nos tomamos la educación en serio. Y salvo excepciones –como la de esta Universidad de Navarra– buena parte de las instituciones universitarias españolas no tienen proyecto: están muy desorientadas. Pocos son, incluso entre los universitarios, los que creen de verdad en la Universidad como institución.

Recientemente se han publicado dos libros sobre el tema, escritos ambos por catedráticos de la Universidad de Barcelona. El primero se titula: *Adiós a la universidad. El eclipse de las humanidades*. Su autor es Jordi Llovet, catedrático de Estética y Teoría de la Literatura. Llovet habla en su libro contra el progresivo desmantelamiento de la institución universitaria tal y como ha sido comprendida durante siglos, y del relegamiento que en ella –a diferencia de lo que acontece, por ejemplo, en la Universidad de Chicago– padecen las humanidades, condenadas por los nuevos planes y métodos de enseñanza a una supervivencia casi testimonial.

Acaba de aparecer otro libro sobre el mismo tema, cuyo autor se llama también Jordi, catedrático de Literatura en la misma Universidad. Se titula *El intelectual melancólico. Un panfleto*. Este segundo Jordi –Jordi Gracia– lleva la polémica al terreno de la vieja querrela (la *querelle* por antonomasia) entre antiguos y modernos o, más cercanamente, entre apocalípticos e integrados. Su libro presenta un sesgo político, explícitamente cercano a la socialdemocracia, y se mueve en el ambiente de la corrección política, del optimismo retórico y de la sospecha contra toda disidencia. Sobre esta postura populista e ingenua cabría recordar –como ya se ha hecho– lo que dice Giorgio Agamben: “Pertenece en verdad a su tiempo, es en verdad contemporáneo, aquel que no coincide a la perfección con éste en el que vive ni se adecua a sus pretensiones (...) aquel que percibe su oscuridad como algo que le incumbe y no cesa de interpelarlo”. Paradójicamente, quien piensa a fondo el propio tiempo, resulta ser un *intelectual melancólico*.

Parafraseando a Machado, podría decir yo que mi “habitual melancolía” queda contrarrestada gracias al entusiasmo por la tarea misma: la filosofía y la educación, a las que seguiré dedicándome el tiempo que Dios me conceda de vida. Ambas tareas requieren un optimismo de fondo, al que se ha referido José María Torralba. Después de veinticinco siglos de filosofar, ¿qué puede uno hacer? Desde luego, enterarse de lo que se ha hecho durante esos 2.500 años largos. Y enseñárselo a otros. Pero resulta, además, que la filosofía no se puede “objetivar”, no es algo que esté disponible en una enciclopedia, ni en una entera biblioteca. Para entrar en el mundo filosófico, y para ayudar a otros a avanzar por sus intrincados senderos, hay que *estar en ello*. Kant decía que no se aprende filosofía sino a filosofar. Y tenía razón, si se entiende esta máxima en el sentido de que sólo se aprende filosofía a fuerza de filosofar.

Y eso hace que no se pueda hacer filosofía de manera solitaria. El filósofo nunca debería ser un individualista, y ninguno de los grandes pensadores lo ha sido, creo yo. Por eso he buscado estar con otros de mi misma quinta, de más edad o más jóvenes, para dialogar de filosofía. Por un extraño fenómeno, he pasado –sin darme casi cuenta– de ser el más joven de la reunión, a ser (casi sin excepción) el más añoso. Pero –como también señalaba Marcela– siempre he procurado hablar mucho con los estudiantes, tanto de Grado, como de Doctorado y Máster.

Ya he indicado al comienzo que no me agrada abusar de las palabras “maestro” y “discípulo”. No porque no las valore, sino por todo lo contrario: las valoro hasta la veneración, y por ello procuro –como con la rosa del poema– no tocarlas demasiado, sino dejarlas ser. Nunca he intentado “hacer grupo” ni crear algo así como una escuela, porque no me gusta nada esa especie de “peñas” filosóficas que tanto daño han hecho a la filosofía en España durante los últimos decenios. El cultivador de la filosofía no debe halagar ni dejarse halagar por nadie. “A nadie llaméis maestro” –dice la Escritura. Y, sobre todo, no busquéis que alguien os lo llame (entre otras cosas, porque tal vez os esté tomando el pelo). Por eso creo que la primera regla de una institución universitaria debería ser la prohibición de la endogamia.

Ilmo. Decano de la Facultad de Filosofía y Letras

Autoridades

Colegas de claustro académico

Estudiantes

Querido Alejandro

Señoras y señores:

Estoy seguro de que permitirán que mis primeras palabras en este acto de homenaje sean de felicitación y de reconocimiento al profesor Alejandro Llano. En este momento de su jubilación —que él ha querido anticipar para frecuentar aún más su mesa de la Biblioteca y desde allí seguir acometiendo tantos trabajos como tiene en marcha— podemos echar la vista atrás y reconocer la impresionante y fructífera labor que ha realizado a lo largo de tantos años de dedicación a la Universidad. Alejandro ha contribuido con su rica personalidad a enriquecer la Universidad de Navarra hacia dentro y a aumentar su lustre hacia fuera.

Antes de llegar a la Universidad de Navarra, el profesor Llano pasó por la Universidad Complutense, por la de Valencia y la de Bonn, así como por la Autónoma de Madrid donde obtuvo la titularidad y la cátedra de Metafísica. Tras este recorrido se convirtió en un joven ya maduro y, a la vez, en una gran promesa de la Filosofía y de la Universidad española. En 1976 se incorporó a la Universidad de Navarra, que desde entonces se ha beneficiado de su profunda tarea investigadora, de su generosa dedicación a los estudiantes y también —pues Alejandro conjuga perfectamente la reflexión con la acción— de su capacidad para impulsar proyectos y poner en marcha nuevas iniciativas. Esa fuerza impulsora se ha dejado sentir en múltiples ocasiones y, de modo particular, en el desarrollo de la entonces Sección y hoy Departamento de Filosofía, en la Facultad de Filosofía y Letras y en el comienzo de la Eclesiástica de Filosofía, en la puesta en marcha del Instituto Empresa y Humanismo y del Instituto de Antropología y Ética, así como en su fecundo rectorado.

Con este acto, ciertamente, queremos reconocer la contribución del profesor Llano a esta gran aventura —y pienso que la expresión

es adecuada al menos en la tercera acepción del término en el Diccionario de la Real Academia Española: “Empresa de resultado incierto o que presenta riesgos”¹ – que es la Universidad y, muy en particular, la Universidad de Navarra. Una institución que, como dijo nuestro Gran Canciller, Monseñor Echevarría, “renace cada día de la ilusión, el trabajo y los sueños” de los que en ella trabajamos². Hoy tenemos una ocasión inmejorable para agradecer al profesor Llano su ilusión y empeño diario, muchas veces sacrificado pero siempre alegre y brillante, con el que ha contribuido de manera decisiva a que la Universidad de Navarra vaya creciendo y mejorando día a día. Por ello, la Universidad de Navarra tiene con él una deuda difícil de pagar y por ello para todos fue un motivo de gran alegría la reciente concesión de la Medalla de Oro de la Universidad por nuestro Gran Canciller.

Sus méritos son conocidos por todos los que le hemos tratado y han sido bien reflejados en la intervención del profesor Alvira. Sus años de intensa docencia y de profunda investigación le han convertido en un auténtico Maestro universitario, al que multitud de personas, alumnos o no, acuden para pedir consejo y orientación. La calidad de sus clases, llenas de saber y salpicadas de buen humor, han atraído a generaciones de jóvenes. Muchos de ellos le han confiado la dirección de esa labor difícil y arriesgada que es la tesis doctoral, a lo que él ha respondido siempre con extraordinaria generosidad, como acredita el número y la calidad de las tesis que ha dirigido.

Como él mismo ha recordado, Alejandro tuvo grandes Maestros –Millán-Puelles, Pérez Embid, Inciarte y Rodríguez Rosado– y sin pretender serlo –una de las condiciones del verdadero Magisterio, según él mismo ha escrito– como tal le reconocen un elevado número de discípulos. De algunos de ellos ha partido la iniciativa, que todos celebramos y agradecemos, de estas conversaciones recogidas en el volumen *Caminos de la filosofía*.

1. Voz “Aventura”, 3ª acepción, *Diccionario de la Lengua Española de la RAE*, 22ª edición.

2. Entrevista a Mons. Javier Echevarría, en *Nuestro Tiempo*, enero-febrero de 2000, p. 42.

La riqueza de su vida universitaria proviene también de su constante trabajo investigador, fruto del cual son el considerable número de libros y artículos publicados en prestigiosas editoriales y revistas, algunos de ellos traducidos a varios idiomas. Su dominio de la pluma y la riqueza de su español son proverbiales. Alejandro Llano no sólo forma parte del reducido grupo de los grandes metafísicos españoles de la actualidad, sino que –como ha mostrado también en los dos volúmenes publicados de sus memorias– es un escritor de sobresaliente calidad.

Pero el profesor Llano no es –si se me permite la expresión y si es que tal cosa puede existir– un “filósofo de laboratorio”. Su atención constante a la realidad cultural y social de cada momento se ha plasmado en incontables intervenciones en la vida pública, en conferencias y ponencias en esta Universidad y en tantos lugares del mundo, así como en incisivos artículos en la prensa nacional. Y en sus intensos años de rectorado impulsó tantos proyectos y edificios (la nueva Biblioteca de Humanidades y Ciencias Sociales, la III fase de la Clínica, el Colegio Mayor Olabidea, el edificio de Ciencias Sociales y –quién lo iba a decir– hasta las instalaciones deportivas) que, según él mismo cuenta, uno de sus alumnos llegó a decir: “Creía que iba a ser el rector de la ideas y resulta que está siendo el rector de las piedras”. Afortunadamente para todos, ideas y piedras no se excluyen.

Por todo ello, podemos afirmar que el profesor Llano, a lo largo de su vida, se ha convertido en un apasionado de la Universidad, que vive cada día con la ilusión y ambición intelectual de un joven universitario. Alejandro, como dije en el discurso de Apertura de este Curso, “ha dedicado su vida a la búsqueda apasionada de la verdad por encima de modas y convenciones; a su transmisión, sin concesiones pero sin agresividad y con algo que se agradece tanto como es el buen humor; al estudio... y, como los verdaderos maestros, ha concentrado sus muchas cualidades en la formación de generaciones de estudiantes”³. Y lo ha hecho, añadido ahora, haciendo realidad las palabras que el Fundador de la Universidad, San Josemaría Escrivá, pronunció en esta misma aula hace más de 25

3. Discurso del Rector, D. Ángel J. Gómez Montoro, en la Apertura del Curso 2011/12 en la Universidad de Navarra.

años y que en las presentes circunstancias suenan tan actuales: “Salvarán este mundo nuestro –permitid que lo recuerde–, no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre, y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta”⁴.

Llego al final de mi intervención, pero no quiero hacerlo sin dejar constancia de que durante estos años en los que he podido tratar al profesor Llano más de cerca he tenido la fortuna, que ahora le agradezco, de aprender de sus sabios consejos, no pocas veces críticos, pero siempre llenos de experiencia e inteligencia. Sus palabras siempre ayudan a que los que hemos llegado más tarde tratemos de hacer las cosas tan bien como las hicieron nuestros antecesores.

Por todas estas razones hoy queremos agradecerle de corazón todo cuanto ha hecho por la Universidad de Navarra y decirle que seguimos contando con él por muchos años.

Siendo Rector, el propio profesor Llano, en un acto de entrega de Medallas de Plata decía a los galardonados: “Habéis puesto la meta de vuestro afecto, y de vuestra ilusión, en un proyecto que vale la pena, precisamente, porque supera y trasciende el limitado alcance de nuestros personales intereses. Eso es una vida lograda: querer con muchos un empeño de servicio a la verdad, querer a muchos en el leal desempeño de ese servicio”⁵. Alejandro Llano puso su afecto y su ilusión en un proyecto que valía la pena. Por eso, hoy podemos decir con seguridad que la suya ha sido una vida lograda porque ha servido mucho y ha querido mucho.

Muchas gracias.

4. San Josemaría Escrivá, “El compromiso de la verdad”, Pamplona, 9 de mayo de 1974.

5. Discurso del Rector, D. Alejandro Llano, en el Acto de Entrega de Medallas de Plata, 28 de enero de 1994.

Discurso de D. Alejandro Llano en el Acto de Entrega de la Medalla de Oro de la Universidad de Navarra, en la Apertura del curso 2011-2012

Al recibir y agradecer una distinción... (text partially illegible)

El camino según me parece más alegre... (text partially illegible)

ANEXO

Entrega de la Medalla de Oro
de la Universidad de Navarra

Apertura de Curso
16 de septiembre de 2011

Discurso de D. Alejandro Llano tras recibir la Medalla de Oro de la Universidad de Navarra, en la Apertura del Curso 2011-2012

Al recibir y agradecer esta distinción –¡tan honrosa!– me la represento como una prenda que vale por todos los regalos que me ha ido entregando la Universidad de Navarra a lo largo de estos últimos treinta y cinco años. Aquí he rozado muchas veces con la punta de los dedos eso tan difícil de alcanzar en este mundo, y a lo que me atrevo a llamar felicidad. La bienaventuranza humana no se puede conseguir en solitario. Porque la soledad es, más bien, sinónimo de desgracia. Se requiere un ambiente con el que sea posible vibrar armónicamente, sin que se produzca ni la monotonía ni la confusión.

Un camino seguro para lograr esta alegría vital es la amistad, de la que Aristóteles decía que es lo más necesario de la vida. La amistad es el amor más libre y el más exigente. Y yo me he beneficiado de ella en el constante trato con mis compañeros de claustro de la Facultad de Filosofía y Letras y con mis alumnos. Hay quien sostiene que un profesor no puede ser amigo de sus estudiantes, porque debe guardar una distancia que sería imprescindible para salvaguardar el respeto. El que esto dice tiene una pobre idea de la enseñanza universitaria. Yo mantengo, con una experiencia prolongada, que la bienquerencia mutua es imprescindible para lograr ese dinamismo tan fecundo y tan difícil que es la educación. Para educar a una persona joven, es necesario que, codo con codo, dirijamos con ella los ojos hacia la realidad, y juntos indagemos sus enigmas y sus portentos. Lo contrario, la frialdad procedimental, conduce a una ineficacia docente que sobreviene en cuanto se pretende tecnificar la enseñanza. Y me atrevería a añadir que una grave carencia de nuestro país estriba en que –al dejarnos llevar por tópicos ambientales– no nos tomamos en serio la educación y tendemos a instrumentalizar la Universidad.

Cuando uno tiene la suerte de enseñar filosofía, no puede prescindir de la amistad como postura de fondo, porque el nombre abreviado de la filosofía es “amor”. La filosofía surgió –hace veinticinco siglos– en el entorno de pequeñas escuelas con ambiente in-

Palabras del Rector, D. Ángel José Gómez Montoro,
en la Apertura del Curso 2011-12

Permítanme que mis primeras palabras sean de felicitación al profesor Alejandro Llano por la medalla de oro que acaba de recibir. Sus méritos, sucintamente resumidos en el decreto de concesión, son bien conocidos por todos: sus años de docencia; sus numerosas publicaciones, en las que tantas personas de todo el mundo han encontrado y encuentran puntos de referencia; o sus años de servicio a la Universidad en múltiples ocupaciones, entre las que quisiera destacar su labor como Decano de Filosofía y Letras, primero, y Rector, después.

Ante todo, —y las palabras que acabamos de escuchar son una pequeña, pero significativa muestra de ello— el profesor Llano es un verdadero universitario, alguien que, como él mismo ha escrito, “ha vivido con apasionamiento en la Universidad y para la universidad”¹; que ha dedicado su vida a la búsqueda apasionada de la verdad por encima de modas y convenciones; a su transmisión, sin concesiones pero sin agresividad y con algo que se agradece tanto como es el buen humor; al estudio —nuestras mesas de la Biblioteca no están muy lejanas y, aunque ahora yo no la frecuento mucho, es la persona a la que más veces encuentro allí, enfrascado en la lectura o volcado en la redacción de un nuevo trabajo—; y, como los verdaderos maestros, ha concentrado sus muchas cualidades en la formación de generaciones de estudiantes. Con toda razón, el profesor Llano presume sobre todo de las más de setenta tesis doctorales dirigidas. Y es que en ninguna actividad como en la tesis se da esa relación alumno-profesor que él acaba de explicar magistralmente. Por estos y otros motivos, somos muchos cuantos celebramos hoy con él este reconocimiento que le ha otorgado nuestro Gran Canciller.

1. Alejandro Llano, *Olor a yerba seca. Memorias*, Encuentro, Madrid, 2008, p. 511.